UNIVERSITY OF ARIZONA
39001020387596

JUAN AGUSTÍN GARCÍA

CORRESPONDIENTE DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA DE LA HISTORIA

CHICHE Y SU TIEMPO

LIBRERIA "LA FACULTAD"
JUAN ROLDÁN & CIA.
FLORIDA 359 - BUENOS AIRES

1922

PQ
7797
G27
C5

Chiche y su tiempo

INDICE

	Página
Mar y Tango	7
En la zona peligrosa	15
La cascada de fichas	23
La mentalidad de Chiche	33
La sombra del cabaret	41
El compromiso de Chiche	49
El primer disgusto de Chiche	61
A la hora del cocktail	69
Una fiesta en lo de Chiche	77
Una noche de tragicomedia	85
La religión de Chiche	93
La caída de Chiche	101
El hotelito de la calle Bompland	109
La educación de la monjita	117
Para matar las horas. El pugilista Saboff	125
En ejercicios espirituales	133
La filosofía de Chiche. Resumen y conclusiones	141
La formación de las niñas	151
De los tiempos viejos. El día de Conchita	161
El caso de Conchita	169
En el Terror	177
Una noche de miedo	185

Mar y Tango

Ne dedaigne, enfant, ni les douces amours, ni les danses.

HORACIO.

... allons jouer sans but dans le monde, aussi bien que nous pourrons.

GOETHE.

¡Cueillez, cueillez, vostre jeunesse!...

RONSARD.

Desde las terrazas del Ocean y del Bristol se ve el mar y se oye el tango. Hay algún punto muerto en el que las dos músicas se confunden, y se tiene la impresión de concierto del eterno murmullo de las olas que se mezcla con las melodías amables de la Copa del Olvido. Si fuéremos amigos de usar el contraste retórico, la oportunidad estaría muy indicada. Pero hay ciertos detalles que nos detienen, porque a veces, entre las ondas del tango, acarameladas y melancólicas, vagan algunos ojos tristes, azules, o negros, o verdes, muy profundos, que miran allá muy lejos, hacia el cielo, como si el compás de la danza

Nota: Este libro fué publicado en "La Prensa".

llevara a sus almas sobre algún ensueño que va a morir entre las nubes.

Al poco rato de atención, si nos abstraemos de los detalles del cuadro, surge de todos esos ruidos de risas, músicas y palabras, que acompaña la nota solemne del océano, una emoción interior tónica y fresca. El espíritu de ese conjunto aparece. ¡Saludemos! Es el azulado misterio que pasa junto con la eterna canción de los veinte años, y se repite a través de los siglos, con la misma fuerza de sentimientos que en los tiempos bíblicos. Para el efecto de contraste, tan regular en las cosas de este mundo, viene el desentono de los moralistas viejos con sus protestas y profecías muy tristes. Es una tristeza que vuela con los primeros ritmos de un « fox-trot » o «rag-time » briosos, o con la cadencia firme de una marcha militar africana, que encuadra alguna melodía llena de languidez, como para impresionar las almas con un dejo de melodrama, en los momentos dulces.

En otros tiempos el vals, ese que daba la impresión de una alegría bulliciosa de caireles de cristal, la habanera de gracia y andar con pausa, como el balanceo perezoso de una siesta tropical bajo los árboles; la polca y la mazurca, anunciaron también un fin de mun-

do de desastre; porque sustituían las danzas inocentes, las cuadrillas, los lanceros y el minué, que tocaba la niña en su clavicordio, con elegancia discreta. A veces la guitarra traía el eco triste, de quejido monótono, la melancolía de un crepúsculo en el desierto, el canto de la Pampa salvaje y solitaria. Alrededor del brasero de plata las fisonomías iluminadas por pálidos reflejos, parecían de almas doloridas, y a menudo los gritos siniestros de las patrullas callejeras estremecían la tertulia. Eran los tiempos de la Campomanes, de las horas trágicas y misteriosas; a veces más livianas y amables, pero con esa sombra de la muerte que daba un singular realce a las músicas del clavicordio.

Busquemos algún rincón aislado del Ocean o del Bristol, donde las ideas pueden aclararse, y el ruido de la orquesta contiene o apaga los comentarios. ¿Habrá siempre un peligro en esta amable práctica de las cosas que viven? Si en los tiempos edénicos, cuando Eva miraba la manzana, algún malicioso arcángel le hubiera dicho al pasar en su nube de oro, y muy a la sordina: no la mires, Eva, la preciosa fruta lleva un germen de muerte; desconfía de esa seducción, de su color, de su carne dulce y jugosa... la madre del género

humano hubiera sonreído como sus descendientes del Ocean y del Bristol:

Donc, si vous me croyes, mignone
Tandis que votre age fluronne
En sa plus verte nouveauté
Cucillez, cueillez votre jeunesse.

A medida que las parejas se multiplican, se forma una onda humana que gira con una cadencia grave y reposada. Ya la noche se ha recostado sobre el mar y lo cubre. Desde la rambla no se oye la música porque cerraron las vidrieras. Se ve una escena de teatro silenciosa, y da la impresión de una ceremonia de algún culto oriental de ritos extraños. ¿Será la danza de la muerte, alrededor del cadáver?, decía el compositor Strauss. Se busca al fetiche a quien se rinden esos honores de gracia concentrada, en actitudes serias y a veces solemnes, con un cierto matiz de tragedia. Es que el tango viene de la vieja pampa, impregnado de ese espíritu del gaucho, severo, seco, medido dentro de sus pasiones bravas y comprimidas, pero que saltan con la rapidez de un relámpago al último acto de algún drama pasional.

En ese mundo de invernáculo esa música desentona por su espíritu silvestre, con un vago olor lejano de nardo, hinojos y jazmi-

nes del país, y con su poder para evocar la pulpería, la china, el facón y el chiripá. ¿Será tal vez por su sabor primitivo que atrae a los más civilizados, por esa fuerza de simpatía que vincula a los contrastes?

La tesis parece ser exacta, y se confirma con el « fox-trot » y el « rag-time », extraídos del fondo del Africa, de la armonía de los « tantan », de los tambores y flautas mezclados con gritos y ruidos fantásticos. Esos bailes, junto con el « shimmy », expresan la alegría salvaje de vivir. Constituyen la antítesis del tango. A su compás las caras se animan y sonríen; los ojos orillan como si las almas, cargadas de entusiasmo, giraran al par de los pies, en una carrera embriagadora. Tal vez es un error nombrar las almas: es más bien un placer físico de los órganos sanos, de los músculos flexibles, de los cuerpos bien plantados, que saborean un estado de felicidad material

Así, se baila en todas partes; viejos y jóvenes parecen dominados por algunos de esos traviesos duendes coloniales. Es una especie de instinto nuevo, incontenible, generalizado. Desde que un hecho asume ese carácter dominador y tiránico, es evidente que responde a un estado de alma colectivo, a una necesidad social que exige imperiosamente su satisfac-

ción. Ahora se le observa de un extremo a otro del mundo.

En el Rhin los soldados americanos bailan unos bailes fantásticos: la danza y la comida de la muerte, servida por criados amortajados, y con una decoración de calaveras, tibias y demás signos macábricos. ¿Será una especie de desequilibrio interior que se exterioriza en esas formas danzantes? Este caos coreográfico podría estar en una relación de causa a efecto con la incoherencia de las almas contemporáneas. Así todos los disparates del « fox-trot », del « rag-time » y « shimmy » quedarían explicados.

En las épocas de equilibrio moral y de cordura intelectual, los bailes daban la impresión de un orden, de ese desarrollo razonado de la filosofía y del arte clásico. Había mesura y sobriedad en los gestos; movimientos tranquilos y serenos como las almas; a semejanza de los sistemas políticos y filosóficos dominantes. El « fox-trot » no se concibe en la galería de los espejos de Versalles o en las salas del Trianón, o en los jardines de Le Notre; porque es la negación del gusto, del sentir afinado, de esa discreción en las cosas que hacen la delicia de la vida. La gavota y el minué no armonizan con la filosofía, algo fulgurante, de

Nietzche, el bolshevikismo, Carlos Marx y los pintores cubistas... Así el desequilibrio moral de esta época de transición se traduce también en los bailes y se expresa, con gracia e inconciencia, en los movimientos de los zapatitos que mantienen unos diálogos pintorescos en las figuras del « shimmy »...

Ahora, en el silencio de la rambla vuelve a predominar el coro oceánico, con su murmullo, sus olas en furiosas peleas contra los espigones. Por el cielo negro andan los viejos astros, y algunos con sus pupilas de oro miran indiferentes a nuestro mundo. Todo ese aparecer de la vida bulliciosa y efímera se borra. El mar se llena de formas fantásticas, instantáneas, que surgen entre cascadas de espuma y se diluyen entre las sombras de sus aguas. Se diría que piensa y siente, como si el espíritu que crea flotara sobre su superficie...

Alors les pensées
Qui sortent de la mer, d'un vent confus pous-
[sés...

En la zona peligrosa

Tu rencontreras d'abord les Sirénes qui charment tous les hommes qui les approchent...

HOMERO. (Odisea).

Et s'étant elles mèmes baignées et parfumées d'huile luisante, elles prirent leur repas sur le bord du fleuve. Et les vètements séchlent à la splendeur de Hélios.

HOMERO (Odisea).

... comment ton oeil verrait-il celà librement? Tu n'est à ta place que dans les ténèbres.

GOETHE.

Con un poco de ayuda de la fantasía, y la lectura de algún canto homérico, uno se cree en las costas del mar Egeo, en esas orillas visitadas por las diosas, las ninfas y las sirenas. Es evidente, y ningún erudito demostrará lo contrario, que Venus nació entre cascadas de espumas, como estas del Atlántico Sur, y al despuntar el día, cuando la aurora las cubre con todos los colores del iris. Sí, estamos en el Mediterráneo. Acaso la de-

liciosa Nausica, la bella hija de Alkino, instruído en la sabiduría por los dioses, y rey en una isla de vinos con perfume, higos lechosos y una miel más dulce que la del Himeto y mujeres bonitas y con gracia ingenua, ¿tenía más gentileza que estas argentinas contemporáneas? El poeta dice que con su pelo suelto jugaban a la bala, y Nausica, la de los brazos bellos, entonó entonces una melopea. Artemis, rodeada de las ninfas agrestes, caminaba por los senderos de la montaña, encantada con sus flechas; y se la reconocía fácilmente, aunque todas sus compañeras fueran muy bellas. Todo en el ambiente de un marco oceánico que purifica los cuerpos y aguza los espíritus.

Aquella mañana andaban por la arena Nausica y Artemis, las ninfas y las sirenas recostadas al sol. El *golf,* el *lawn-tennis,* el baile y la natación habían ensanchado los pechos: los hombros y los brazos se mantenían en equilibrio, en una línea elegante. Se camina con esa gracia espontánea, la fácil precisión de los músculos de buen desarrollo y robustos, que no revelan la fatiga ni en el esfuerzo penoso. Y el mar, la arena, las mujeres y el sol formaban un conjunto de una prodigiosa armonía.

Ahora, y entre la gente de la arena, se han

divulgado los descubrimientos de la física y los misterios de la luz. Se sabe que entre las 10 y las 12 actúan los rayos ultravioletas, llamados así por una ironía de los sabios, pues son incoloros. Estos rayos penetran en la piel y le dan ese color suave de oro viejo, esa pátina que pone el tiempo sobre las cosas para avejentarlas de una manera indulgente, y con elegancia.

El Sol tiene siempre el primer papel en la comedia de la playa. Se escurre dentro de las olas, que mueren en cascaditas espumosas, y los juegos de su luz, entre las aguas son de una coquetería alegre y vivaz. Se extiende y seca los pies desnudos que se divierten con la arena, mientras descansan de las fatigas del *fox-trot,* y de las figuras difíciles del *shimmy;* y enjuga esas ondas de pelo negro, castaño, rubio, de todos los matices, que se abren lustrosas y mojadas, llenas de sal marina, para recibir su calor; y cubre los cuerpos con su tono deslumbrante. A veces es Diana, en postura de descanso; otra es Minerva con su expresión grave, seria y de una serenidad diáfana, transparente como su alma; otras Venus, alegre, risueña, feliz, dominadora y la espléndida invocación del poeta latino viene a la memoria:

hominum divumque voluptas
Alma Venus.....

Esos rayos ultravioletas son como un éter invisible que, a través de los cuerpos, invade el espíritu, porque los ojos adquieren una vivacidad sorprendente, y las caras se coloran con un suave tinte rosa que recuerda ese antíguo y delicioso color criollo mate, que cantaron nuestros poetas; y viene de adentro, de una circulación más activa de la sangre. Y en medio de esta vida que rebasa, en esa atmósfera de sol, de risas, de dientes como granos de arroz afilados y jugosos, se desarrollan las pequeñas escenas de comedia. Allí está Rosina, junto al espigón; y mientras Querubín contempla la arena melancólico, come una empanada, en unos bocados cortos, en línea recta, de una exactitud y fuerza de máquina. Pasan Rosina, Zuzeta, Lisseta, Ninón y Ninette, Colombina, Arlequín y todas las fantasías de Marivaux, Beaumarchais y Musset. Ahí anda Querubín trigueño y sin rulos, con el mismo aire tradicional de malicia pueril e inocentona. Manón comprende el valor inapreciable, el encanto del misterio, y al salir del agua se cubre, con garbo, con una especie de capa ligera y ondulante, de pies a cabeza. Contem-

pla un cuarto de hora el mar con una expresión vaga, de indiferencia. El verso de Musset dice en una brisa fugitiva, como un murmullo:

¡Quoi! tu n'as pas d'etoile, et tu vas sur la [mer
Au combat sans musique, en voyage sans livre
Quoi tu n'as pas d'amour, et tu parles de vi- [vre...

Es indecible esa cantidad de cosas bellas y suaves que trae esa brisa del mar. Habla, repite a la sordina palabras muy entretenidas y a veces déliciosas; y si el ruido del agua y los golpes de las olas las confunden, dejan siempre en el alma algún resíduo, una idea, una emoción tónica, inexpresable como las sensaciones de la música... Pero las risas de Colombina, la alegría de cristal de Ninon, la gracia de Ninette nos vuelven a la pintoresca realidad. Algunas veces, muy raras, pasa Romeo y se ve allá a su Julieta, que camina al lado de su mamá.

¡Tanto gentile e tanto honesta pare!

Y se reflexiona que todo ese interés, ese misterio indescifrable del mar y de la mujer, es obra del espíritu. Los poetas, los artistas y

los escritores crearon esos emporios de belleza; admirable reflejo de la inteligencia y de la sensibilidad de unos cuantos hombres de genio. Las olas se decoran con las creaciones de la mitología griega; y son símbolos interesantes porque traen a la memoria los versos de Ronsard y de Musset; por una analogía de estados de alma, son majestuosas y sublimes en el estilo de Chateaubriand, y se transforman en seres prodigiosos que cantan y sienten en Víctor Hugo:

Le vers porte a sa cime une lueur étrange

Desde que se oyó el preludio del tercer acto de « Tristán », el mar solitario del amanecer y del ocaso, produce una sensación de caos en su inmensidad gris, de infinita angustia. Por eso decía Hegel que la naturaleza imita el arte y se reviste con los colores del genio. Suprimid a Marivaux, Beaumarchais, Musset, las máscaras del Renacimiento, las ninfas y las diosas, y el encanto pintoresco de la playa habrá perdido todo su hechizo, su aureola de poesía, de gracia, de elegancia, de idealismo; y el mismo amor decaería para transformarse en algo vulgar, de puro instinto, al alcance del espíritu más torpe. Porque el amor es también hijo del espíritu. Los poetas lo re-

cogieron del suelo, y con ese poco de arcilla humana modelan a Eros y a Venus. El cristianismo, a la sombra de Platón lo purifica. En la Edad Media se eleva a las alturas más bellas, crea la religión de la mujer, y ya en el siglo XIV don Alfonso el Sabio recomienda a sus caballeros, que nombren a su dama en la batalla para que les crezcan más los corazones.

A la hora del almuerzo, la plaza vuelve a su soledad medio salvaje. Nosotros evocábamos las generaciones que fueron. Conchita, en el siglo 18, comprimida por el ambiente religioso, sujeta al contralor del reverendo padre Monterroso, rector de los jesuítas, hábil en el arte de arreglar y combinar matrimonios aristocráticos, helados, pero de razón. Si bien no se encontraba la felicidad tierna y amorosa, en cambio la joven señora era la reina de unos montones de esclavos y vivía preocupada de la cocina, de las fiestas religiosas y de los aniversarios de las madres capuchinas. A mediados del siglo pasado Juanita es individualista, y acentúa su voluntad, apoyada por la madre, cuyo poder aumenta durante toda esa época. Todavía se la mantiene en una encantadora incultura; apenas sabe leer con la ayuda de los dedos, y se en-

tretiene con las novenas y sus versitos, y a veces pesca «El sí de las niñas», del señor de Moratín. Conversa con algún joven pariente, en presencia de toda la familia, sobre estos temas amenos: el tiempo, algún dulce nuevo, las fiestas religiosas y la plática de la semana, siempre muy buena y entretenida. Pero Juanita prefiere saltar en la cuerda o galopar en el carnero manso de los chicos. Así ¡las generaciones nuevas son tan diversas de las anteriores! Tienen otro espíritu, otros sentimientos, más felicidad y una alegría inagotable de vivir. Recordábamos las del virreinato con sus nombres perfumados, Rosario Milagros, Soledad, Concepción, Pura, Encarnación, Dolores. Véis la carita redonda, fresca, los ojos como cuentas de azabache, las almas que rebasan de sentimientos inexpresados... ¿qué serán?... un puñado de cenizas...

La cascada de fichas

... ces étranges filles du hasard, qui devraient etre aveugles comme leur pere, n'agissent nullement au hasard.

MAETERLINCK.

... le hasard ne fait qu'objetiver l'etat d'ame de celui qui se serait attendu a l'une des deux especes d'ordre et qui rencontre l'autre.

GOURNOT.

No es tan fácil precisar en forma científica la naturaleza del azar. Matemáticos y filósofos discuten ese punto tan obscuro e importante en nuestros destinos, sin darnos una noción clara. Así, será mejor que nos contentemos si el misterio, tan lleno de sorpresas, a veces travieso y otras trágico, nos permite el contemplarlo en un lugar agradable, fresco y de buen humor. Lo estudiaremos con un método simple e intuitivo, de esos que gusten al lector que haya vivido bajo su influencia algunos meses, o días, u horas; en abandono, como quien duerme en un bote que hace agua, con tiempo nublado!

Si el lector desea verlo aparecer en algún

segundo de luz confusa, espere a que la mesa se cubra de fichas, entre las 19 y las 20 horas. Observe las docenas más coronadas con esas placas obscuras, opacas, tristes, de cien pesos; con las otras rojas, amarillas, plateadas, de veinte, diez y cinco, de un nácar más fino, luminoso, casi transparente. Tienen un aspecto bonito, de juguete de refinado gusto y elegancia lujosa. A veces las pilas de fichas parecen sonreir, con un aire de felicidad. Se oye un murmullo sobre el tapete verde, y hasta ciertos rincones de ordinario pacíficos y desiertos, se animan y adquieren una jerarquía y posición social tan respetable como la del 11, el 20 y el 32. Así, el 34, 36, el 3, el 1, el 25 o 27, están muy florecidos, y rebasan las ofrendas en sus modestos cuadrados. Fijaos en el 4 solitario, abandonado, como si no existiera.

Y cuando la mesa está bien cargada, con esos números de fuste muy cubiertos de fichas, acérquese el lector al altar central donde mora el dios del momento, encarnado en una bolita blanca. Y el destino arranca lanzado con toda fuerza por la mano del croupier. Apenas se ve algo así como un bólido fantástico que se confunde en el color obscuro de la ruleta. Se diría que marcha ciego,

inconsciente, sin rumbo, como los cometas en el espacio infinito; con un ligero zumbido, casi imperceptible, que bien puede ser un murmurar risueño o grave.

Su proceso mental interior se despierta, al declinar su velocidad, en el primer choque con las casillas donde esperan los números tranquilos, serenos, brillantes, con una expresión de alegría, que rebasa en la nitidez de sus colores. La bolita parece indecisa, tropieza aquí y allá, llena de vacilaciones, como afligida y angustiosa en medio de crueles dudas. A veces se detiene unos segundos que parecen muy largos. Está entre el 0, el 32 y el 15; otras entra y sale de las casillas como las abejas en los jardines, con cierta rabia porque golpea los números y parece enojada. Al fin se posa, tranquila, segura de la bondad de su trabajo honesto y concienzudo en el número del destino. ¡Negro el 4! dice el joven instrumento de esa fuerza enorme que se llama el azar.

Profundicemos el análisis. Allí, uno de esos devotos de la suerte lleva sus ofrendas repetidas a la tercer docena, que no se da. Pasan las bolas, y el 29 y el 32 están mustios, deprimidos, con su carga de fichas de cien y de veinte pesos, que se derraman sobre los vecinos. La bolita corre con espíritu travieso y

se reposa en el 1 o el 3, a veces se acerca a los alrededores del 20, solitarios y abandonados. Entonces, y en un momento de inspiración, traslada el hombre sus votos a los números de arriba y los esparce con cierta rabia en su lucha con la bolita. Colorado el 32, grita con voz ronca el destino desde el altar.

Así, visto de afuera, parece que el azar tuviera una voluntad inteligente, su fin propio que realiza por nuestro intermedio, en todas esas circunstancias, más o menos complicadas, que no podemos dominar con nuestras fuerzas. Mueve las pasiones y los instintos con la seguridad de un psicólogo, al tanto de los recursos más ocultos de las almas. Está en la intimidad del ser, en un diálogo suconsciente persuasivo, y crea el haz de ilusiones, ese arrastre de un espíritu por algo irresistible, que nos da el coraje para arrojarnos en lo desconocido.

Macterlinck coloca estos fenómenos en esas regiones misteriosas del fondo de las almas. Ahí se mueven fuerzas extrañas que nos guían, a pesar nuestro; y hay luces raras, veladas, como envueltas en unas nieblas opacas que alumbran con esfuerzo el porvenir. Vienen de muy atrás, de todas las generaciones muertas que nos legaron su experiencia, sus senti-

mientos y sus deseos. Y esas fuerzas extienden sus tentáculos en ese terreno del porvenir lleno de posibilidades. Por eso algunos seres privilegiados tienen esa sensibilidad exquisita, muy fina y aguzada, que les permite oir esos rumores lejanos, confusos, vagos como el caos, de las cosas y hechos en formación, que prepara el Tiempo en los confines distantes del horizonte.

Mientras tanto la bolita de marfil sigue su trabajo, infatigable, ágil y dispuesta. Ahora está en tono de broma porque salta de un extremo a otro de la rueda, como si se propusiera desorientar al público. Por la ancha ventana entra el aire fresco del Oceano. Algo desencajada y deprimida, una joven señora mira al mar y aprieta su cartera con nerviosidad. Al poco rato se acerca su hija Chiche, muy niña, bonita, ágil y vivaz, pero con un aire de tristeza que contrasta con su juventud. ¡La tercera docena no se daba! Durante una hora la siguieron madre e hija, con sus fichitas de a peso; y se fueron más de trescientos de la madre y cien de la niña. Estaban destinados a Mme. Liberty, especialista en unos gorros nuevos de golf, copiados de los que usara la princesa de Rumania en los Balkanes; puestos a la moda por el conde de

Zewik, esposo de una hacendada muy rica, y amigo del Zar Boris y de Fernando de Bulgaria.

Las fichas de a peso, de hueso, desteñidas por el manoseo, no acordaban entre los dedos rosa, de uñas transparentes de las dos jóvenes. A esas manos les correspondían, por razones de belleza, las de nácar blancas o coloradas, limpias; que reflejan las luces como los espejos. Así decía el conde Zewik; de unos tentáculos ancestrales de aventuras de todo género, que tenían sus raíces en unos tatarabuelos de mucho fuste en los Balkanes, y anteriores a la invención de la ruleta.

—Tiene que darse, repetía con insistencia la madre — hace dos horas que no sale.

En ese razonamiento justo, había una cierta idea de un orden regular. Si la bolita se concreta a la primera docena y algunos números huérfanos de la segunda, se perturba la armonía de las cosas. Hay un concepto de regularidad equitativo, que es casi un instinto. Entra en la marcha natural de los hechos que las estaciones se sucedan, que la noche siga al día, el sol al nublado y la lluvia a la seca. Y si no sale la tercer docena es señal de que algo cojea en el sistema de un orden cerrado del Universo.

—¡Colorado el 26! gritó el hombre del destino.

—¡No te decía!, exclamó con entusiasmo la madre.

Metió la mano en su cartera y no había un centavo. Conchita estaba arruinada. Y el joven continuaba con sus gritos, entre cortas pausas:

—¡Colorado el 32! ¡Negro el 23! ¡Negro el 29!...

Era como para morirse. La lógica de las cosas se cumplía con un admirable rigor. La bolita bailaba alegre, juguetona, chispeante entre los números de la tercera docena. La barra numerosa que anda de aquí para allá en busca del milagro, estaba agrupada alrededor de la mesa. Los altos bonetes de la sala coronaban esos números con gestos elegantes. Y las fichas corrían en cascadas, con un ruído alegre y bullicioso. Ahora el 35 rebasaba, lleno hasta el tope, ¡se había repetido! Todo el mundo ponía sus fichas en el cuadro triunfal. Y eran unos contrastes deliciosos entre la apuesta espléndida, lujosa, y las otras miserables, de las fichitas de hueso. El 35 resplandecía, como un ser animado de forma irregular, con sus pilas de fichas que se agrupaban y mezclaban unas con otras.

—Si pusiéramos esta última, dijo Chiche, que había encontrado en un pliegue de su cartera una placa rosada de cinco pesos, resto de algún día de opulencia. Y la colocó tímidamente en el centro del montón con pulcritud, ayudada por uno de los ases del momento.

La bolita corría. El 35 solemne, sereno, impasible, esperaba el destino con su carga elegante. La bolita comenzó sus tropezones. El azar actuaba. Entró y salió de la casilla del 20, del 14, y después de un salto, pasó rápida, por el 35, y con toda languidez, fatigada, se plantó en el dos.

El conde Zewik propuso una sociedad, él manejaría el capital. Tenía pálpitos de la segunda docena. Y sin esperar respuesta expresa coronó el 20 y el 17 con fichas de cinco pesos. Su inconsciencia, allá en el fondo de su alma balcánica veía lejos, veía venir el veinte dentro del espíritu de la loca bolita de marfil. Su línea ancestral tocaba en esos momentos, con sus tentáculos misteriosos, el hecho del porvenir. ¡Negro el veinte, dijo el destino!

En un golpe se habían desquitado y quedaba una utilidad, que Zewik repartió entre los tres generosamente. Salieron juntos. La

joven madre sentía una inquietud interior, una ligera angustia, de la que participaba Chiche. Aquello sería bien en los Balkanes, pero en su línea ancestral de estancieros varoniles, serios, austeros, generosos y muy en punto en estos asuntos de decoro, la sensibilidad de la región inconsciente se revelaba en arranques de orgullo, de alteza moral deprimida. Zewik las acompañaba por la plazoleta lindera con la rambla. La noche era obscura, y al despedirse apretó la mano de Chiche, con un cierto dejo de confianza insolente. La niña se estremecía, presa de una especie de convulsión interior. Y cuando siguieron, solas en su automóvil, se abrazaba de su mamá toda llorosa. La ruleta, las fichas, la bolita, ese tumulto de gente en la batalla del azar, habían dejado una sana impresión de amargura, de angustia, de ansiedad inexpresable, de remordimiento. Y al llegar a su casa corrió a lavar bien esa mano que había estrechado el conde balcánico.

La mentalidad de Chiche

On nous apprend a vivre quand la vie est passée.

MONTAIGNE.

Oui, rendez-la timide et qu'elle brûle un cierge quand la tonnerre grondera.

SULLY-PRUDHOMME.

Et les jeunes gens ne veulent plus se marier...

A. DUMAS fils.

En otros tiempos había una disciplina social que se realizaba, en una forma fácil y espontánea en todos los gremios y clases, desde las más linajudas hasta las menores de la hermandad de San Benito, que albergaba en su seno a los pardos y mulatos, y españoles y criollos de orígenes dudosos. Esos actos de la vida ordinaria reglamentados por normas tradicionales, revelan un cierto orden en los sentimientos, cierto recato, un pudor ceremonioso que se traduce en las formas protocolares de los saludos y reverencias. Las almas eran seres arreglados, con sus ideas y su sensibilidad puestas en sistema, bien encauzadas

en caminos estrechos y seguros, de una solidez de piedra, porque se consolidaron con el paso de innumerables caravanas, a través de los siglos.

Había las autoridades sociales encargadas, por un acuerdo tácito, de decretar y cumplir las sanciones. Todos los detalles eran simbólicos de estados de alma, y muy serios, y a veces graves, aún en cosas de un aparecer fútil y efímero. En el hecho ordinario, vulgar o grosero, iba implícito algo así como un desacato de todo el cuadro aparatoso sobre el que reposaba un orden social. Por eso los hombres cuidaban escrupulosamente su conducta, y no se habrían permitido el menor acto despectivo, ni siquiera en la idea, de todos esos sentimientos que cuidaba con celo el protocolo.

Las corrientes individualistas barrieron en este siglo XX con los últimos restos de esas autoridades sociales, y poco a poco entre los romances feministas, las poetizas a la moda, y el cinematógrafo, se destruye todas esas reglas de conducta establecidas por una vieja experiencia. No olvidemos en esta escala de responsabilidades, a los filósofos poetas, y

entre los más influyentes a Nietzsche, con sus cantos épicos a la vida.

Raras veces se ha destilado un veneno más fino y de un perfume más embriagador, que el de esos cuadros nietzscheanos, con todo su acompañamiento de palabras sonoras, de un lirismo que excita los nervios, y fatiga la sensibilidad tan impresionable de las almas jóvenes. Aunque no se lea el original, algo difícil y que requiere una preparación seria para comprenderlo, se recibe la caricia de su vuelo a través de sus discípulos, de los poetas y novelistas. Los conceptos fundamentales andan por el aire y zumban en los oidos y los traen las abejas de oro: «*ce moi qui crée, qui sent et qui donne la mesure et la valeur des choses*». Y ese yo quiere el cuerpo, aún cuando se exalta en el ensueño, y pretende elevarse con sus alas rotas. Es el himno de la sensualidad, el triunfo de lo voluptuoso, de la palabra que acaricia, de la música, el licor y el baile que enardecen los sentidos.

Ese pensar anarquista y sensual pasó de los hombres a las mujeres, en una forma inconsciente. Esas fórmulas sobre el derecho de construir al capricho su vida, y de gozarla, como si se tratara de dibujos en la arena

de la playa, está en la atmósfera de nuestra época, en la expresión de las niñas y de los jóvenes, en todos los actos de esa existencia que vive fuera de sí misma, que apaga todas las luces interiores, y echa el alma a rodar por todos los puntos en que se conserva, se ríe, se banquetea y se baila. Es el crepúsculo de los misterios encantadores, la muerte de esas cosas delicadas e íntimas, de ese sentir suave y discreto que envolvía, en una aureola diáfana de pudor, a las almas.

Así, la misma incoherencia, la instabilidad, la falta de ideales, de normas fijas y concretas de conducta que caracteriza la vida del país, según dicen los entendidos en política, estaría en esa otra esfera; y tendríamos que por su generalidad el hecho asume el aspecto de un fenómeno grave y trascendental. Es un momento curioso en la historia moral de la Argentina. La literatura, el teatro, la oratoria, todas las manifestaciones espirituales caminan con el paso quebrado, en un trastorno de todas las nociones de armonía, de mesura y de lógica; fuera de cualquier sistema, como si todo danzara al compás del *fox-trot* o del *shimmy*.

Es evidente la influencia del cinematógrafo en la formación de las almas de las niñas.

Es un mundo nuevo, de hadas bonitas y enérgicas, que rivalizan con los hombres en el arte de gobernar un automóvil o un caballo, de tirar al blanco y de poner en los ojos una audacia curiosa, un aplomo, una confianza en su prestigio, que las domina como si la luz viniera de un foco interior, del seno de las almas. Es también el himno de la felicidad material de la vida, que se traduce en todos los detalles de la existencia confortable. Falta el espíritu que idealiza las cosas, porque falta la palabra que extrae la esencia pura que constituye el encanto de todo y lo pone de relieve ante el público menos reflexivo.

Así, en la nueva moral, que se explica por gestos; en ese amor que se canta en besos prolongados, de un compás lento y con pausas, como para morir; realizar la vida es el hotelito, el automóvil silencioso y con toda la majestad de la fuerza precisa y segura de sí misma, bien barnizado y de formas elegantes; el teatro, la fiesta y la modista y los deportes. Parece, a veces, que se fomentara, en plena inconsciencia, el arribismo femenino, como si no bastara para envenenar la vida con el de los hombres.

—Voy a tirar un lance de casamiento con aquel...

—¿Qué es eso de lance, Chiche?

Y Chiche se ratificó en su dicho entre dos risas y entre dos hileras de perlas, que eran sus dientes. Por ahí las palabras salían suaves, risueñas, alegres y con un cierto compás espacioso, como si se deleitaran en su boca; y a veces se detenían en el pliegue de los labios, como si buscaran pretextos de demora. No podía negar algo de sangre árabe, por su calma cadenciosa, por sus ojos negros, muy hondos, ¡tan hondos! como si estuvieran llenos de misterios. ¡Si tendrán misterios! y eran más angustiosos que los de la esfinge. A juzgar por esa vaguedad, ese mirar lejos, hacia el horizonte remoto, aquel que se une con el cielo en el ocaso, y se separa al amanecer entre las brumas, su historia debía ser muy complicada. Pero ¡cómo! a los diez y ocho años justitos; ¡cumplidos el día de la Virgen! ¡No era posible! Más bien serían los ecos de dramas ancestrales que hereda la sensibilidad; dramas o comedias ignoradas, que yacen en forma de un resíduo imperceptible en las células más íntimas.

O tal vez en su gesto, su actitud, en su risa, andaba el recuerdo de alguna escena de la Talmadge o de la Mac Donald. El problema no es el viejo, de las generaciones muertas,

que a los veinte años soñaban con el calor de la chimenea casera, con las cabecitas de rosa, frescas, puras, que descansan en el seno materno como en un baño tibio y perfumado. Chiche tiene que vivir su vida, y el patrón de vida ideal está descrito en la serie de cuadros americanos, está en los deportes, en el automóvil, en los jardines maravillosos, en los vestidos que por su armonía de colores y formas, por su simbolismo de esencias refinadas, vaporosas, de un lujo deslumbrante, constituyen verdaderas obras de arte.

La niña de Lamartine y de Musset no fué Chiche. Ninón oía las deliciosas estrofas de su poeta:

Si je vous le disait pourtant...

Y la música del verso transportaba a su espíritu en una onda de virginal entusiasmo. Para ella vivir su vida era un acto de altruísmo, de sacrificio por su marido y por sus hijos. Por eso en la poesía y en la música, que traducen los sentimientos contemporáneos, el amor y el dolor sagrados son compañeros inseparables. Chiche no habría inspirado su magistral soneto a Musset, ni Ronsard le habría cantado al oído:

Quand vous serez bien vieille, au soir, a la chandelle...

porque Chiche se habría reído de todas esas cosas. Busca otras armonías más superficiales. Su espíritu se desarrolló entre los juguetes *snobs,* las palabras *snobs* y el arte *snob.* ¿Qué eco tendrán las eternas palabras entre los aires del tango, del *fox-trot* y del *shimmy*? ¿Qué espíritu anima a la dulce canción al chocar con esas melodías quebradas o que se mueven en ondas de almíbar?

Y se piensa que eran más felices las que escuchaban conmovidas las estrofas de Ronsard y de Musset. Si esto de vivir es ilusión, la suya era más pura, más intensa y traía un estado de alma más plácido y sereno.

La sombra del cabaret

Medio hay en las cosas, tu no vayas por los extremos.

GRACIAN.

Et nous aurons Julie du rire etincelant.

ANDRE CHENIER.

Dime tú: ¿qué más hicieras
Si por ventura estuvieras
En vísperas de marido?

LOPE DE VEGA.

El sentimiento dominador en esa vieja cultura porteña era el respeto de la mujer; un respecto original y curioso, porque al mismo tiempo primaba esa desconfianza y disimulado desprecio, característico del catolicismo hispano-americano, y algo árabe por influencias ancestrales. Desde el episodio simbólico de Eva, toda la literatura religiosa tendía a apartar a los hombres de los peligros de la pasión terrible, y a atenuar la belleza de las mujeres, o por lo menos quitarle todo su encanto, matar su primer sonrisa al eterno femenino. Que no se perfumen ni usen joyas,

dice Vives. Y hasta hace pocos años, las religiosas educadoras cumplían con prolija exactitud aquello que cuenta con gracia Prevost: el uniforme, concebido con el piadoso designio de que las más bonitas entre las pensionistas se distinguieran apenas de las feas.

Así, las relaciones sociales entre los dos sexos se sometían a un protocolo minucioso y estricto. El principio fundamental que rige ese mundo complicado lo expresa Prevost en esta forma: la niña sólo excepcionalmente debe moverse fuera del campo visual, o hablar fuera del campo auditivo de su mamá. ¡Que no frecuente los jóvenes! dice Vives con tono de alarma, para que no se acostumbre a esos deleites, ni aun delante de sus padres.

Una teoría de la educación puede basarse en uno de estos dos principios opuestos: la fe en la bondad de la naturaleza humana, o la idea de un pecado original, corruptor de todas las esencias espirituales. Si se desconfía de la solidez de las tendencias nobles de las almas, el problema de su cuidado y desarrollo sano y benéfico se presenta tan lleno de dificultades y tan complicado que inspira un verdadero pavor. Era el prejuicio antiguo: la fragilidad de las cualidades bellas rodeadas de una atmósfera envenenada. Por

eso se sometía a las jóvenes a un régimen de vida estricto y de una rigidez monacal: que sólo beba agua, o vino muy aguado; que se abstenga de salsas y especias picantes; que coma carnes livianas, y de vez en cuando y poco; que se alimente de sopas. Su lecho será duro y su sueño corto, lo indispensable para la salud; y que jamás esté ociosa.

En esa pedagogía se siente un algo de ensañamiento, de crueldad helada e inquisitorial. Esos filósofos ignoran una buena parte del alma femenina, o les inspira alguna honda emoción personal desagradable, angustiosa. Pasan por ahí como entre los carbones infernales. Sin embargo, de estos excesos, fruto de un pensar ascético, y del culto de la Virgen, nace un sentimiento de respeto, el culto de la mujer que eleva y dignifica al rudo guerrero medioeval.

Nuestra vieja sociedad estaba basada en esa religión amable. En una atmósfera culta y de respeto de muchas cosas fútiles, pero interesantes, la niña ocupa un lugar sagrado, de misterio, donde se cuidan las palabras, se usa cierta mesura en los gestos y actitudes, para no afligir esa fruta delicada. No se puede negar que la vida era más monótona. Se bailaba a discreta distancia, se prescinde del

alcohol, salvo muy diluído, en bebidas elegantes, y en sorbos cortos, como para mojar los labios; y eran de más gracia. Los hombres suprimen el cigarrillo en el diálogo, porque las bocanadas de humo no se armonizan con esos estados de alma que venían de Lamartine; y ni siquiera encuadran dentro del estilo de los Luises, y mucho menos del renacimiento inglés. Así, la niña vive en un ambiente de cristal, rodeada de cariño familiar y del respeto de los extraños.

Si el lector no ha visto un cabaret, puede observarlo en alguna pieza de Vacarezza. A poco que lo analice y concentre su atención sobre el pintoresco cuadro, ve aparecer los dos rasgos dominadores: el espíritu del alcohol y la igualdad de los sexos. La brisa democrática ha deshecho insensiblemente toda la tradición castellana; esa actitud de homenaje, ese gesto de respeto que revela la naturaleza de las relaciones de las almas, entre el galán y su dama. Ese sentimiento que desciende de la aristocracia al pueblo, se nota en todos los entremeses, sainetes, loas, y demás especies de teatro popular, a través de los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX y en las novelas picarescas. Entre otros méritos tiene el de hacer

más agradable la vida, y suaviza las relaciones sociales.

En esas piezas criollas la mujer y el hombre se colocan al mismo nivel, como si ambos fueran del sexo fuerte. Así toda esa suavidad, ese hablar en estilos amables desaparece de la escena. El joven se preocupa de su comodidad y su placer, a costa de la compañera si es necesario. A veces busca ese goce, de un feroz egoísmo, de ponerla en una situación ridícula, o en un papel inferior que la deprima; y entonces satisface la más triste de las vanidades, la de mostrar su superioridad sobre un ser débil y de belleza. Esta es una de las tantas consecuencias tristes del feminismo democrático. La propaganda igualitaria actúa y hace sufrir en la vida ordinaria, antes de realizarse en las urnas electorales.

Al mismo tiempo influye el alcohol. Según el cabaret será caña, ginebra, grapa, o alguno de los maravillosos *cocktails* inventado por el genio del *bar* americano; o la copa de champaña, equivalente a la « copa del olvido, no obstante la diversa madera de las mesas y del parquet, o la indumentaria de los mozos. El alcohol trae siempre su mismo espíritu perverso, ya se destile de la uva o de la caña de azúcar. Y su acción sobre los ner-

vios y sobre los sentidos es análoga en forma de ginebra o de una combinación colorada que armoniza con los cristales más lucidos y finos.

Vino el cabaret de los Estados Unidos, traído por el cinema, que es un excelente medio de propaganda, para el bien o para el mal. En algunas cintas se entrelazaban las clases sociales en las diversas escenas. En un acto, es el cabaret del lejano Oeste, de revólver, sombreros de grandes alas, tipos siniestros de hombres y mujeres, que bailan entre plato y plato, o menudean los tiros, a propósito de cualquier cosa. En otro acto, estamos en un club de Nueva York, de frac y smoking o saco, y los vestidos parecen copiados de los frisos griegos. No hay tiros, pero ese simbolismo de los bailes, de las miradas y palabras que se cruzan, de los gestos y actitudes, demuestra cierto parentesco lejano, confuso, muy vago, pero real, entre las ideas y los sentimientos que yacen en el fondo de las almas. Actúa el mismo alcohol disfrazado de champaña o de *cocktail* refinado; con el borde de azúcar y granos de hielo, la espuma elegante, distinguida, vaporosa, con la extraña idealidad del opio o de la cocaína. Todas esas esencias son afines, y llevan el mismo espíritu de-

letéreo. Los nervios débiles y delicados, los temperamentos frágiles y emotivos pasan del uno al otro misterio del placer, por puentecitos dorados, y de un aire de buen tono, de aristocracia reconfortante.

Antes de las comidas, una copita de licor es al parecer excelente, y entre el tango y el *fox-trot* irrita los nervios y trae un cierto rosado a la cara, y aclara las ideas. Los diálogos se animan, y las palabras, como si fueran más agiles y eficaces, vuelan con mayor gracia y malicia. Se siente un sacudimiento interior y un deseo de vivir más intenso; y a veces un optimismo placentero e inexpresable, porque es fugaz, sutil como un respiro de perfume que pasa. Todo predispone a las expansiones amables y a la confianza, en ese dulce arrullo íntimo de la Copa del Olvido.

¡Ahora sería el caso de consultar a Vives y a Fenelón! El obispo de Cambray formaba las niñas para esos centros de la galería de Versalles: ceremoniosos, de bailes reposados, de habla respetuosa y culta; un público para la Atalia de Racine. El otro, a pesar de su apariencia austera y ceñuda, las colocaba en un altar a alturas algo exageradas, pero su

intención era buena y amable, y en el fondo más hermosa y feliz que la de los directores de cintas cinematográficas. Si por lo menos se siguiera la máxima de Gracián: Medio hay en las cosas, tú no vayas por los extremos...

El compromiso de Chiche

¡Ah! tout cela, jeunesse, amour, joie et pensé!

LECONTE DE LISLE.

Les philosophes ne sont-ils pas en droit de trouver que l'ironie est le fond du caractére de la Providence?

BALZAC.

Al entrar en su club esa tarde de Febrero, Chiche llevaba una seguridad en su porte, un desparpajo, uno de esos aplomos precisos y, por decirlo así, concentrados, que dan una impresión de fuerza y triunfo, como si tuviera en su mano todos los ases del destino. Hasta sus ojos, de ordinario algo melancólicos, con su mirar lleno de misterios, venían como rodeados de una aureola brillante, y eran vivaces, firmes, enérgicos. Apenas vieron a la concurrencia, lo indispensable para no tropezar. Y con paso y aire decidido, que tenía su punto de insolencia, fué a sentarse en una mesita cerca de la orquesta. Las armonías del tango la cubrieron, y asomó en sus labios una

impresión risueña y contenida, de indefinible contento. Pensó unos segundos, y después de rápido vacilar pidió un *cocktail* Cap Polonio, en el que entraban, como en el tango, varios componentes picantes, una sinfonía de sabores, con su nota dulce, dominadora, de marrasquino helado.

A pesar de esa indiferencia simple con que se miran los que se ven todos los días, aquella tarde observaban a Chiche, con cierto disimulo, sobre todo las niñas. Algo había de anormal en ese mundo infantil, porque los cuchicheos y las risas cortas y comprimidas se sentían en todos los pequeños grupos. Chiche contemplaba su *cocktail,* divertida con el reflejo de ópalo, los matices verdes y lilas del enérgico licor. Y el vaso de cristal, muy fino, muy luciente, con sus bordes decorados con un granizo apetitoso, parecía mirarla con alegría, y ofrecerle sus placeres misteriosos, el espíritu y la secreta esencia de las horas divertidas, ágiles y de bríos.

Esa mañana había tirado su lance, ¡un lance feliz! ¡Chiche se casaba! Al fin viviría su vida, esa novela que traen en sus destinos todas las jóvenes: una semilla puesta por la Providencia en la canasta del primer ajuar, entre los pañales y baberos. La noticia venía

como un rumor, que después de recorrer la playa, voló por la rambla, el club y el Bristol. Y Chiche saboreaba su triunfo y se hacía como la distraída entre el *cocktail* y la música.

—Así, había sido cierto, le dijo Manón, con un abrazo y un beso.

Ambas eran intelectuales, de variadas lecturas y aficiones artísticas. Chiche escribía y Manón dibujaba escenas coloniales, a la moda desde la fecha del teatro Cervantes. Una ráfaga irresistible traía la necesidad de admirar las rejas de barriga inflada, los balcones de hierro cuadrados y de un aspecto ascético, conventual; los techos de teja; las ventanitas de los tiempos en que se espiaba al enemigo morisco o cristiano. La imaginación poblaba éso de flores y de cabelleras negras con sus adornos de jazmines; y una pintoresca trepadora completaba el cuadro. Así el romanticismo, que está en el fondo de las almas juveniles, resurgía envuelto en un ambiente tradicional y aristocrático. Con todos estos detalles, con algo de paradojal en su pensar, tomado ligeramente de dos o tres autores perversos, como quien se pone polvos de paso ante un espejo, se habían transformado en muñequitas de luz,

de posturas originales, y con unos espíritus matizados de colores extraños.

—He resuelto vivir mi vida, dijo Chiche, en una contemplación del fondo colorado del vasito; a pesar de mamá, que me amenazó anoche con levantar el campamento.

—Cosas de la edad, replicó Manón, porque tu novio es un ideal, elegante, distinguido, de un gusto y una fineza...

—Mamá dice que se arruinó en las carreras, que es un jugador, un badulaque, un inútil... ¡Las ideas de mamá!

Ahí cerca comentaban el caso dos o tres señoras. Unas ponderaban el buen tono, la nota de elegancia suprema que se desprendía de la nueva pareja. Misia Robustiana, sesentona, muy cuerda, y con toda su alma en el siglo anterior, y apenas un pie superficial en el presente, recordó al padre de Chiche, don Carlos John; Carlón, por su afición a ese vino; un irlandés de alma sólida con unas manos y unos pies que no encontraron jamás guantes o botas a su medida. Pero con su carlón alternado con whisky, cuarenta y ocho intejecciones por día, dos por hora, con sus puños enormes listos para aplastar una oveja o un hombre de un golpe, había testado ocho millones, los mismos que le permitieron

a su viuda criar a Chiche como planta de invernáculo, hacer una figurita de Tanagra, delgada, flexible, un alma de mariposa, que apenas dejaría entre los dedos unos polvitos sedosos, de oro o perla, fugitivos. ¿Y no estaría el espíritu del viejo irlandés, que saboreaba una venganza de ultratumba de los sufrimientos y angustias de varias generaciones de paisanos, en esa risita despectiva de Chiche, en su empuje, en su imperio sobre ese mundo? El apellido inglés acentuaba su prestigio. El nombre inglés es más decorativo, trae una sombra lejana del poder británico, del lujo de los pares, de esa selección aristocrática, única en la historia. Los millones se refinan, parecen más distinguidos en manos de un Newland, Cokrane, O'Meara, MacLean, que en las de Bernardo Pérez, Juan Cuello o Bautista Benvenuto.

—Yo haría lo mismo que la señora John, dijo misia Robustiana... ¡un carrerista! Mi marido y mis hijos sólo conocen las carreras del rodeo.

La señora de Ybar, algo chocada, la interrumpió con cierto airecito protector, y con esa mesura que robustece el espíritu de las palabras, para decirle:

—Las carreras, señora, son el deporte de

los caballeros, como también el polo. Los reyes Eduardo, Jorge y don Alfonso, se enorgullecen al pasear a su caballo ganador por la pista. Lord Roseberry fué *sportman* y además primer ministro. Yo estimularé en mis hijos esas aficiones nobles y tradicionales.

Esas palabras constituían la verdad absoluta de la Rambla, y fortalecidas con la autoridad de la señora de Ybar, se oyeron con el mismo respeto y unción con que se recibe una misiva del Pontífice.

—En cambio, observó un comedido, Lloyd George, descansa sembrando patatas en el País de Gales.

Esta observación desentonaba y no fué tomada en cuenta.

La señora de Ybar, tosió con suavidad, como si se hubiera molestado al hablar. Parecía distraída, muy lejos del tema y de sus interlocutores, con un aire de las princesas de la señora Guerrero, en una escena de comedia mundana. Y se sonreía junto con su compañera, feliz esposa del propietario del *crack* del año, millonaria, joven, bonita y de apellido inglés, de los Black del Norte de Buenos Aires, dueña de sesenta mil ovejas y de innumerables rodeos de vacas. Y en ese suave calor de las mañanas del Atlántico, entornaba los ojos, y allá, en el re-

cuerdo lejano, Agujeta y Preciosita corrían a toda furia entre los aplausos de las multitudes. A pesar de que esas sensaciones espléndidas complicaban la existencia de mucha gente; como la arena de los antiguos gladiadores; la señora de Ybar no se preocupó de esos detalles efímeros. Esas ideas burguesas de misia Robustiana eran de las tantas cosas lamentables que corren por las calles, dignas de un desprecio lleno de misericordia, y propias de esos seres que Dios crea a manera de contraste, para dar relieve a la elegancia de su obra.

Mientras tanto, Chiche conversaba con Manón, y distraídas en su inagotable palabreo, repitieron el *cocktail*. Las primorosas copitas era tentadoras y alegres, de una alegría chispeante, con sus reflejos cristalinos y colorados como un trocito de arco iris. ¿Por qué esa rabia de su mamá? ¿Acaso los Obes no eran muy bien, distinguidos, amables, prestigiosos, con ese prestigio que hace triunfar en un momento dado de la historia, a un color, una corbata, o un chaleco algo desabrochado? Y veía sus dos apellidos... John de Obes: una armonía mundana deliciosa para oídos hechos a esa música de los placeres... veía bailes, comidas, su palco, el Packard, el hotel Ritz, el Carlston, el Astoria, el « Cap Polonio », la vida libre, rica,

accidentada, llena de emociones felices, más fulgurante y variada que los reflejos de los rayitos de luz sobre la copa de *cocktail.*

—Algo he leído Manón, dijo Chiche, de que la vida es una voluntad ciega, que se realiza en nuestros actos; irrisistible, fatal...

—Es la filosofía del placer que nunca se satisface; el placer hecho con inquietud y angustia; la esencia del Tristán; el espíritu del canto de la muerte de Isolda, murmuró Manón, y contemplaba el océano.

Y esas ideas bellas y profundas, que vienen de los más altos picos de la metafísica, causaban una cierta extrañeza en bocas de veinte años. No obstante, debía reconocerse que Chiche y Manón, tenían mucho talento, porque eran muy bonitas y de una elegancia discreta, en punto. La magia del *cocktail* decoraba esos conceptos místicos del Oriente en sus espíritus juveniles. Entre los acordes de balanceo de un baile gitano lánguido, el murmullo alegre del charlar de los grupos de niñas y jóvenes, las parejas que pasan, las almas y las pasiones que entran en una curiosa fermentación, la familia y el amor y toda la vida toman los colores pintorescos del marrasquino del coñac, el oporto y el champaña: un baño de optimismo seductor y lleno de ilusiones.

—Pero no creas en esas fatalidades, Chiche, continuó diciendo Manón. Nuestra vida es obra nuestra, nuestra propiedad; como ocurre a los hombres. ¿Acaso ellos no trabajan su destino con entera libertad? ¿Y por qué no tendríamos los mismos derechos? ¿Tú crees que aquel político ensimismado y que no yerra una tontera, es superior a nosotras? Te aseguro que en la Cámara hablaríamos con más gracia e interés. Y ese otro, literato en posturas, no tiene más ilustración que nosotras... Y las cosas que piensa o son ajenas o tontas. Nos compran nuestra autonomía, nuestro derecho a disponer de la vida con palabritas dulces y amables, cariños y mimos. ¡Ah, sí, mucha poesía, mucho de reinas y princesitas, y en la realidad no somos nada... simples muñecas que manejan como a los títeres.

—¡Yo me manejo sola!, exclamó Chiche. Se trata ahora de mi destino, de mi felicidad, de mi vida, y no de la de mamá. Ella hizo su vida y yo construiré la mía. ¿No ha dicho Goethe que cada uno tiene la felicidad en su mano como el artista la materia prima?

Y acentuaba cada uno de esos «mi» con unos golpecitos deliciosos sobre la mesa, suaves, adorables en su nerviosidad y como símbolos de unos enojitos pasajeros, como si todo

su ser estuviera en acción, próximo a estallar. Y los hilos nerviosos se estremecían a través de su cuerpo, porque los mismos pies se agitaron con movimientos rápidos, coquetos y menudos como si jugaran.

Y después de un rato de silencio, de reflexionar como en un ensueño, agregó Chiche:

—Yo venero la memoria de papá. Has visto en su retrato esas manos, esa cabeza como para vencer a un toro, esos ojos dominantes que penetran en tu alma y la agarran como si fueran dedos...

En esa atmósfera la línea del joven Obes tenía admirables relieves. Con su talle en arco, su chaleco suelto, el monóculo, su aire de despreocupación que disimulaba muchos afanes, sus ojos negros, de mirar firme, que parecían resueltos a realizar sus fines por encima de todos los prejuicios y reglas establecidas, constituía un ejemplar maravilloso de la cultura moral e intelectual de los patios de los grandes hoteles europeos. En su admiración por ese conjunto de audacia, Chiche se complacía hasta de sus mismas aventuras femeninas.

—Sí, con la señora X... murmuraba a su oído Manón.

—Yo no creo en esas cosas, replicaba Chiche, muy risueña; ¡el mundo es tan malo!

—« C'est la faute de la fatalité », dijo Manón, repitiendo la frase típica de Charles Bovary en la novela de Flaubert; y se reía con una de esas risas contagiosas, de explosión.

En el fondo del alma de Chiche, y entre risa y risa, se extendía la vanidad satisfecha. Su rival estaba ahí cerca, en plena luz, con su buen Charles de aire y expresión de asombro: gordo, de frente angosta y labios gruesos. En cambio, ese Obes cuyo amor le pertenecía ahora... varonil, altanero, jugador, insolente, lleno de defectos entretenidos, de impertinencias de buen tono, de vicios de prestigio... Chiche se veía con un papel serio en este último acto de una comedia dolorosa de adulterio; y debido a su entrada en escena, caía el telón. Así comenzaba a realizar su vida, con sus propios hechos, y su voluntad influía en el desarrollo de las intrigas, en el dolor y el placer, en los destinos ajenos.

Y Manón y Chiche se retiraron juntas, al compás de un *fox-trot* bullicioso, apretaditas una contra otra, risueñas, felices, convencidas de su superioridad espiritual y de la alegría de la vida; con un resto de gusto picante y azucarado de los vasitos de cristal fino, que con sus reflejos embellecen la existencia.

El primer disgusto de Chiche

Et vous, qui estes cause de leur folie sotties billevesées, pernicieux amusemens des esprits oisifs, romans, vers, chansons, sonnets et sonnettes, puissiez-vous estre a tous les diables.

MOLIÉRE.

De su dormitorio de la avenida Alvear Chiche veía el río gris y terroso en ese día triste de invierno, y cerrado, allá en el fondo del horizonte, por una bruma espesa y desagradable. El bosque de Palermo formaba una parte virtual de su hotelito, porque percibía el olor de las rosas y claveles, la respiración de las plantas, con ese gusto de hierbas humedecidas por el rocío, en la ruda labor de engendrar. A veces, con la brisa de la mañana y de la tarde, las copas de maciza verdura se acariciaban, como si estuvieran en conversaciones amables; salvo alguno que otro ombú o palmera orgullosos y solitarios por su carácter, o algún arbolito criollo olvidado, de poca importancia, que seguía con resignación sus destinos de sim-

ple arbusto, y se inclinaba a la tierra como si quisiera recostarse.

Así, en una elegante silla ancha y cómoda, entre almohadones y sedas, con sus pies acariciados por un abrigo de pieles, Chiche meditaba en muchas cosas. Ante todo examinó sus dientes en su espejito de confianza, el que iba con ella a todas partes metido en el manchón o en la cartera, una joyita de plata labrada con unos amores copiados de Cellini. Sonreía porque ese departamento estaba admirable, de una salud y una pureza deliciosas. Sin embargo, se había extraviado junto a la encía un hilo de tabaco turco dulce y perfumado, que sacó con un alfiler de marfil. Después de encender otro cigarrillo de boquilla dorada, y contemplar las primeras espirales de humo, entornó los ojos como adormecida.

En su programa de ese día figuraba un punto fastidioso. A las dos era la firma de la escritura; una escritura de hipoteca de la Bendita, la mejor estancia de su hijuela. Chiche sintió de pronto una sensación extraña, de desagrado. ¿Sería alguna influencia ancestral que actuaba en ese instante en ese fondo inconsciente de las almas? Su papá había levantado su fortuna desde ese campo. Y si es exacto que los muertos no mueren del todo, que algo

espiritual e impalpable sobrevive e impregna con sus emociones nuestra atmósfera interior, era perfectamente explicable que el alma de míster Carlos John se hubiera sobresaltado.

¿Para qué necesitaba Obes esos trescientos mil pesos? Es cierto que él discurría en sus ratos perdidos sobre negocios, compra de animales finos, fundar una cabaña y una caballeriza de carreras, y que entre charla y charla, ella había consentido, sin pensar bien lo que decía, como si se tratara de simples proyectos. Pero ahora, ante la realidad concreta, el fantasma lejano y lúgubre de la deuda tomaba cuerpo, como una persona que pasa de la penumbra muy oscura y vaga a la vida de la luz meridiana.

Y muchos detalles, más o menos insignificantes, aparecieron con ese aspecto grave de los símbolos llenos de ideas y de sentimientos, y hasta los simples gestos se volvían signos de cosas ocultas y misteriosas, y de una gran importancia. ¿A qué vino esa idea de los dormitorios separados, de tal manera, que muchas semanas apenas veía a su esposo a la hora de almorzar y a veces a la de comer; siempre con amigos, amigos alegres, divertidos, pero que constituían el pretexto para que Obes se escapara en pandilla?

Algunas noches lo esperó en su escritorio. Bordaba por correr el tiempo o se entretenía en lecturas o en borronear apuntes, notas sobre su vida, inspiradas en María Barkirchef, la niña de talento precoz, tal vez el único ejemplar en la historia literaria. Pero todo le parecía pálido y pobre al lado de esa realidad, con sus principios de angustia, que se condensaba como la triste aureola de su existencia. Las horas eran lentas y monótonas en el silencio de su palacio. Y ese ruido de la avenida, de automóviles y coches que cruzan a toda velocidad con su carga alegre y bulliciosa; con sus cantos y griterías soeces, impregnadas de ese acento de alcohol desagradable, le traían una molestia, una desazón interior. En el verano, desde su ventana veía las luces de Armenonville y le llegaban los ecos de la música; de las bombas y fuegos de esas noches de orgía de Navidad. Y Obes, al encontrarla despierta, se irritaba con artificio, como para que sintiera miedo y quitarle todo deseo de reincidir en esa falta.

Poco a poco empezó a observar que todos esos conceptos sobre la vida que dirigieran su alma hasta entonces, eran falsos. ¡Vivir su vida!; es decir, trazar a su capricho el plan de desarrollo y el fin supremo de una existencia

a los diez y ocho años, basada en algunas charlas con *snobs* intelectuales o morales que llevan, desde el saludo, la esencia de veneno. Poner como cimientos de la familia y del amor, las dos únicas cosas sagradas que haya en este mundo, las fantasías paradojales de dos o tres escritores de inteligencia real pero efímera, pasajera como la moda; con el mismo tono seductor y perverso de los vasitos colorados de licores espirituosos. Mirar con un desprecio elegante la experiencia de los siglos encarnada en la familia que la rodea y ampara.

De noche, en las horas frías de espera, esas reflexiones venían desde el fondo de su alma, como traídas, por una corriente muy íntima, de esa región oscura, invisible, misteriosa como la muerte, que está al borde del infinito, en ese límite trágico en que sentimos el contacto espiritual con los seres queridos, con toda la línea ancestral que actúa en nuestra inconsciencia. Y evocaba los recuerdos, la Rambla, el Club, el tango, el *fox-trot*, las copitas deliciosas; las lecturas bien de los modernistas a la moda: el amor de Isolda, la estética de Wagner, el anarquismo sensual de Nietzsche; el lirismo embriagador de D'Annunzio; ese ideal de vida libre, caprichosa, fuera de los viejos rieles colocados por las eternas fuerzas del bien...

Mientras andaba por esas cimas trágicas, se había acercado la Monjita, con la niñera y sus muñecas. La Monjita era de gracia y alegre, bochinchera y parlanchina, y en dos minutos atenuaba toda esa sombra dramática, de las ideas de Chiche. Pero la obsesión volvía en forma de una inquietud, una nerviosidad dolorosa. Empezaba a percibir que esa literatura de un modernismo lleno de elegancias, con todas sus consecuencias sociales podía afectar la felicidad y el destino de su hijita. En ese momento, su lacayo, inglés rígido, con su cara de esfinge, le presentó dos tarjetas en la bandeja de plata: del escribano Pérez y del banquero Mantell.

—¿Y Obes? — preguntó Chiche.

—Está en el escritorio con esos señores — dijo el sirviente, y se retiró con el mismo aire impasible, convencido de la importancia de su papel en los ritos del culto de la vida amable.

Mientras el escribano lo miraba por encima de sus anteojos oscuros, con una expresión muy disimulada de desprecio, Obes, muy alegre, con su monóculo bien ajustado, su talle en arco, se reía con el banquero, de acento ruso, con unos ojitos minúsculos, que más parecían de algún insecto que de hombre. Esos ojitos eran admirables por su movilidad, su poder escrutador

rápido y seguro. Una luz suave matizada por unos vitrales iluminaba la curiosa escena. El escribano leía con su voz monótona y apagada, pero en cierto momento, al llegar a las líneas esenciales, alzó el tono y acentuó las palabras. Chiche tuvo en ese instante una claridad de visión extraordinaria. Leía el alma de su esposo como si todos sus sentimientos estuvieran impresos en letras de relieve. La lectura no era agradable. Bajo esa máscara sonriente bullían pasiones villanas. Era uno de esos minutos de genio en que se abren los espíritus más obtusos, como si un instinto de propia defensa le hiciera comprender las cosas más difíciles y complicadas.

Mientras firmaban los documentos y se recibía el cheque, Obes dejó caer, en un descuido, una hojita de carta azulada, que Chiche con todo disimulo cubrió con su pie. Y un rato después, ya sola en su escritorio, pudo leerla, respirar su perfume tenue y enterarse de que la señorita Ni-Ni esperaba en su departamento a Obes, juntos con otros amigos y amigas. Y una postdata sugestiva se refería al préstamo, a la hipoteca y a la « Benditá » de « cette petite imbecile... »

A la hora del cocktail

¡Oh! de un tiempo a esta parte las mujeres han llegado a ser tan altamente educadas, Jane, que nada debe sorprendernos en nuestros días, excepto los matrimonios felices.

OSCAR WILDE.

Chiche y Manón conversaban con calor, muy animadas, en un palabrería que parecía exaltarse con su propia música. El sol entraba por los vitrales del escritorio, y desde el balcón se veía una de esas tardes de abril cristalinas, transparentes; doradas por esa luz alegre y bulliciosa de Buenos Aires. Los árboles, las plantas, las flores, el río, de unas líneas nítidas, con ese relieve de los dibujos sobre planchas de acero, aparecían como unos de esos escenarios pintorescos y graciosos, hechos para representar comedias amables, que lleven como única idea dominante la alegría y la felicidad de vivir. Y en esa atmósfera, el hotelito del Renacimiento inglés, el decorado de una elegancia de corte antigua, con sus muebles de museo, sus tapicerías, sus bibliotecas de encuaderna-

ciones primorosas, formaba un cuadro admirable para las siluetas llenas de gracia de las dos jóvenes señoras.

Porque Manón era la señora baronesa de Zevik, esposa de un barón de la nobleza balcánica, algo vinculado al zar Fernando por su afición a las rosas y a las alhajas. Así, con ese nombre de Manón de Zevik, ningún investigador habría reconocido a Anita del Corral, de Chascomús, según se comprobaba con su partida de nacimiento. La antigua criollita de gracia picaresca e inocentona, algo pueril en su coquetería, se había transformado en una flor deliciosa, de un aspecto de persona muy afinada, de una sensibilidad exquisita; pero una flor exótica en estos jardines argentinos. Todo ese cambio se operó entre sus diez y seis y veinte años, gracias a una institutriz inglesa y a una estada en los mejores hoteles de Londres, París y Nueva York.

—Así, dijo Manón, con la señorita Ni-Ni. ¡Quién se lo habría imaginado! Y se reía.

Y Chiche con el papelito azulado, de perfume tenue, revelador de la traición de Obes, parecía con ganas de lagrimear. Pero Manón le hizo algunas reflexiones, que eran muy propias del barón de Zebik, muy adecuadas al caso. Manón conocía a la señorita Ni-Ni, de

las carreras y del Casino de Mar del Plata. Su esposo se la mostró en varias ocasiones y en esas oportunidades oía sus doctas teorías de estética aplicada al traje y a los movimientos. El arte de levantar el brazo con gracia, por ejemplo, para ajustar el alfiler que sostiene el sombrero; con una rápida demostración de cómo ese detalle constituye una especie de símbolo sugerente de cosas muy entretenidas, se ilustraba con los gestos felinos de Ni-Ni, de una elegancia simple, pero en el fondo muy complicada y llena de misterios. Saber caminar, repetía muy a menudo el barón, es el secreto del éxito. Nada destaca la gracia de una pollera que cae bien, en forma sobria y suelta, como los pasos naturales, espontáneos, que alejan la idea del trabajo pesado de los músculos al sostener el cuerpo. Y la señorita Ni-Ni servía de ejemplo vivo en sus paseos alrededor de la ruleta; en el modito gracioso de coronar las docenas; y hasta en la gentileza, el buen humor, con algo de rabia, si se quiere, con que oía contar los números contrarios.

Para el barón Zevik el mundo era un entretenimiento de Dios, creado con el único objeto de desarrollar la gracia; tanto que todo el proceso evolutivo debió terminar con la presenta-

ción de Eva a los ojos azorados de Adán, a la sombra del admirable manzano. Así, a su juicio, la señorita Ni-Ni era una personalidad social muy útil, porque ejercía una misión civilizadora, como las orquídeas, al sugerir ideas y sentimientos de belleza elegante.

Y poco a poco comenzó a penetrarse Chiche de esos conceptos, y la señorita Ni-Ni le parecía algo así como un fenómeno natural en una vida que debe realizarse con toda amplitud, dado que esa vida es única, una sola, y el momento que pasa es tan fugitivo; y debe extraerse todo su jugo y significado. Y Manón le dijo entonces algo de Zevik, su afición a la señorita Be-Be, sin importancia, algo así como sus rápidos entusiasmos; pediódicos como ciertas fiebres; con las perlas, los rubíes y las esmeraldas. Muchas veces, después de comer abría su bombonera de acero viejo, llena de piedras de valor y las echaba sobre el mantel, en recuerdo de su amigo el zar Fernando, y su placer era observar los reflejos de la luz, y combinar los colores, mientras acariciaba a Manón, como el más primoroso de los engarces.

Y en algunos pequeños intervalos, mientras dibujaba cosas fantásticas con las piedras coloradas, entre uno y otro beso, refería, de una manera indirecta, el procedimiento correcto y

distinguido en estas relaciones familiares. Su talento de expositor era apreciable, y sabía dorar la corrupción, poner una nota amable en el vicio, de tal manera que perdía toda su grosería y su fealdad. Así resultaba muy de la corte de Bulgaria y un complemento de un hombre de mundo, como tener escopetas, perrera y caballos, el frecuentar a la señorita Ni-Ni o a la señorita Be-Be.

Como es natural, en tanto conversar profundizaron sus conocimientos, algo superficiales, sobre las señoritas Ni-Ni y Be-Be, y los cuentos, las anécdotas repetidas por joyeros y modistos amenizaban su charla, tanto que llegó la noche y seguían su interminable palabreo. A esas horas, Manón, muy entretenida con el tema, propuso un *cocktail*, preparado por una nueva receta. Y vino el lacayo inglés, impecable, solemne, en línea recta desde la punta de la barba al pie, con su expresión de esfinge, de una seriedad austera, y puso sobre una mesita la bandeja de plata con todos los aparatos del culto, tres o cuatro licores, y media botella de Ayala, extraseco. Según Zevik, el *cocktail* debe dar la impresión de una mezcla de esmeraldas, rubíes y perlas, sobre una base gris que puede venir de la clara de huevo batida con ginebra o gin, del marrasquino o anisete; pero

su misteriosa sugestión debe comenzar por los ojos, por la fantasía de los colores. Y Manón batía el *cocktail* risueña y feliz, con una alegría infantil, asombrada de su propia elocuencia.

—¡Confiesa, Chiche, que somos muy inteligentes! — dijo, mientras servía con un cuidado prodigioso, para que no se perdiera la espuma colorada. Y era la suya una felicidad tan sincera, tan expansiva, una especie de gloria iluminada que rebasaba desde el fondo de su alma, que el mismo lacayo hubo de perder, por un segundo trágico, su gravedad de oficiante religioso, en una religión pintoresca.

Aunque ya más tranquila y serena, Chiche no aceptaba los conceptos de Manón; y una serie de problemas surgía en su espíritu más acriollado, no obstante su cultura y sus gustos. Eso de vivir su vida, visto así de cerca, tenía sus puntos irritantes. Porque si Obes es dueño de hacer su gusto... ¿y Chiche, acaso no podía ser una persona de gustos? Y si aceptamos esta manera de ser, en la que influyen, a la distancia, las señoritas Ni-Ni o Be-Be, ¿por qué no completamos la armonía algo coja de la escena con algunos jóvenes amigos?

A juicio de Manón, Chiche razonaba en ese momento a través de los reflejos del vasito de

cocktail y por eso acudían a su imaginación las figuras de esos jóvenes. Ahora Chiche se irritaba de nuevo, y alguna risa infantil que vino por la galería, llena de una alegría más fresca y de otra clase de gloria, le trajo una especie de estremecimiento interior; como una ola de angustia y de náusea. ¿No sería ese alegre balbuceo el símbolo sublime de cualquier vida? Y sintió una tristeza, un desaliento, unas ganas de quedarse sola para volver a llorar.

Evidentemente, Manón era hoy por hoy superior a Chiche, al revés de lo que les ocurría de solteras. Ese hecho constituía el milagro educativo del barón Zevik, una obrita maestra modelada por él en años de matrimonio, una muñequita de luz apta para brillar en cualquier parte, que salía del cesto originario como la mariposa, por una evolución rápida. ¡Así eran los elogios del barón a esta raza argentina tan adaptable, que se transforma con una energía briosa y sorprendente! Porque él había conseguido arrancar de raíz todo ese haz de prejuicios coloniales que daban a la madre y esposa una base muy seria, de honor, de disciplina y de decoro algo austero. Y en esa atmósfera de incienso, algo solemne y monótona, las señoritas Ni-Ni y Be-Be no ejercían in-

fluencia, ni siquiera de lejos; más bien eran de ritmos poco armoniosos, y que desafinaban.

A la luz algo apagada y de sombras de la lámpara, la escena se había entristecido y daba esa impresión melancólica de las cosas artificiales, y parecía un poco al margen de la vida, como los entretelones y los decorados, y las pinturas y disfraces de los actores en descanso. Manón no se resignaba nunca a estas tristezas, y menos a dejar sola y apenada a la pobre Chiche. Tenía sus recursos aprendidos en sus conversaciones con Zevik sobre esos misterios y sacó una monada de marfil y oro, una palita de juguete, y después de poner unos polvitos blancos muy finos, como sedosos, le dijo a Chiche: Respira por la nariz; es delicioso, es el elixir de vida que aleja todos los pesares...

Y Chiche, dócil, aspiró la preciosa esencia, y le parecían más suaves y ligeros sus dolores, y un bienestar dulce suavizaba la irritación penosa de sus nervios, así como en una rápida y deliciosa embriaguez.

Una fiesta en lo de Chiche

... les parfums qui troublent la volonté, les chats qui se pament sur les pianos et qui gemissent comme des femmes d'une voix ranque et douce...

BAUDELAIRE.

Es de lamentarse que en nuestra clase la esposa sea tan persistentemente frívola bajo la impresión de que es bien serlo. A eso se debe la infelicidad de tantos matrimonios que conocemos.

O. WILDE.

Al abrirse las puertas del bonito comedor encuadrado de revestimientos de madera tallada, y en esa luz de claro oscuro que lo alumbraba, los cristales, las flores y los cubiertos de un primoroso labrado, aparecían sobre los encajes y la blancura del mantel como la decoración de un altar, como símbolos de un culto lleno de finezas, de elegancia y de misterios sutiles, envueltos en aparatos frágiles y hermosos. Los lacayos, en su rigidez impecable, como incrustados en el piso, traían el recuerdo de los escenarios suntuosos de las óperas históricas

de Meyerbeer. Se esperaba al barítono y al primer tenor, y no habría extrañado el rápido pasar de una dama ligera en postura trágica, de puñal gótico, o con la artística copa copiada de Cellini, llena de algún licor envenenado.

Un ruido de voces criollas, que se acercaba, esfumó todas aquellas novelas románticas. Más bien el cinema, los interiores de Los Angeles o de la Quinta Avenida, los manteles y vajillas de la Mac Donald o de Diana Allen, de un brillar algo exuberante; un abuso de encajes y de filigranas, un algo que no permite el placer de mirar cosas bonitas o de gracia, porque lleva un espíritu de muestrario como para que la visita experimente esa emoción de asombro, que es incompatible con el sentir estético. Por otra parte, ni Chiche ni Manón y sus amigas, eran personas de estileto o de veneno. Sus pasiones eran tenues, débiles, algo espumosas como los vinos de champaña.

Unas diez o doce parejas de veinte a treinta años entraron al comedor. Por el aire circuló en esos momentos algo así como un frou-frou de sedas y una suave brisa de esencia, como cuando se agita un abanico de plumas al acariciar un seno o una garganta. Cruzaba también una imperceptible aura de snobismo que ponía un curioso matiz en la expresión de las caras.

Al ver recostada con placidez sobre una capa de mayonesa de mariscos dorada, una admirable anchoa, el barón Zevik, observó a Chiche el delicado aspecto de ese plato. Zevik conocía al dedillo a Brillat-Savarin, y el famoso tratado de Jules Gouffé, jefe de las cocinas imperiales de Napoleón III, y explicaba cierta relación curiosa entre los colores y el sabor, deducida de aquellas teorías simbolistas sobre las palabras coloradas. Considerado con esa bonita fantasía cada servicio era como el capítulo de una obra de arte, dividida en tres partes, y que se coronaba con los postres y la fruta.

A la derecha de Zevik la señora de Bases, de cuarenta años, y gruesa, oía esa conversación como si estuviera en el limbo, por más que sus únicas preocupaciones eran las comidas y los vestidos de sus amigas. Jamás había pensado que hubiera una estética culinaria tan profunda y difícil como la de Hegel. Así es que limitaba su intervención, en ese diálogo, a ciertos conceptos elementales y vagos, aplicables a cualquier asunto.

—¡Qué curioso! ¡Qué raro! ¡Qué cosa! Y preparaba sus bocados de anchoas acompañados con un trocito de cada uno de esos elementos de belleza gastronómica, apetecibles y deco-

rados con los reflejos de luces de varios matices.

Enfrente, el señor Eybar conversaba con Manón. A pesar del frac, de sus relaciones con algunas personas del viejo régimen francés, y de la Cámara de los Lores, mantenía su gesto de chalán, algo impulsivo y audaz. Miraba con el mismo aire de patrón, de uso en la estancia, y no perdía un instante el aplomo del que se siente dueño de su posición social. A pesar de sus años en los hoteles europeos, no se había refinado, y su amabilidad era melosa y de caramelo. Se veía el esfuerzo para contener al chalán, que era su rasgo dominador. Todas esas delicadezas raras de Zevik le parecían ridículas, y en el fondo, aunque disimulara, prefería un buen asado con cuero, a la luz de las estrellas en una noche tibia de abril.

Aquella vez estaba alegre y en hora de galantería, y en sus conversaciones con Manón entró en un campo delicado y difícil, que exige un cierto tacto y agudeza para percibir ciertas reacciones dolorosas, que son como un tenue temblar de las fibras. Algo sorprendida al principio, Manón dejaba correr ese diálogo lleno de sub-entendidos, porque era una moda impuesta por esa aura *snob* que se infiltra por todos los poros. Ese manoseo de ciertas nocio-

nes del honor y la decencia, es práctica de las personas distinguidas que dan su norma al mundo cosmopolita; y ellas nacen, viven y se forman en la atmósfera de cultura de los Ritz, Astoria, Meurice, bajo la dirección oculta de gerentes suizos o alemanes. Ahí se encuentran princesas, duquesas y hasta de reales casas, porque ese mundo *est une déchéance pour celles qui son parties d'en haut, mais c'est un sommet pour celles que son parties d en bas,* dice el autor del Demi Monde.

De vez en cuando, el temperamento robusto y de instintos de Eybar, aparecía con su mueca desagradable e impúdica. No todos tenían esas condiciones especiales del barón Zevik, para dorar el mal y transformarlo en algo agradable y entretenido, bonito como un *bibelot.* Sin embargo, Manón toleraba porque se sentía dominada por la personalidad social de Eybar. El chalán por su fortuna y su nombre era dueño de uno de esos prestigios que son como el radio, y pueden actuar a la distancia o de paso, por una simple atención fugitiva, muy apreciable para los que pisan un suelo inseguro como el barón Zevik. Con su espíritu fino, Manón veía todas las fases del alma de Eybar y discretamente puso sus defensas con elegancia, obs-

táculos de gracia que el chalán no podía saltar como los alambrados.

Zevik, con su experiencia de los Balcanes, sonreía y hablaba con Chiche. Era su consejero y le había dicho, por intermedio de Manón, que prescindiera de Obes y de sus calaveradas.

—Lo esencial, la repetía a los postres, es que no llegue a una segunda hipoteca. Conserve usted su fortuna, porque con dinero se remedia todo, inclusive la estupidez de un marido.

—¡Qué barbaridad!, exclamó la señora de Bases que había oído el final del diálogo, ¡qué picardía!

Su vecina, Misia Antonia Márquez, que andaba a la pesca de una posición social más seria, porque tenía cuatro hijitas, reforzó la observación de la señora de Bases a la que adulaba con discreción, por sus bailes y fiestas:

—¡Qué barbaridad!, dijo, ¡pero qué cosa!

Entonces Zevik les contó los casamientos de su amigo el Zar Fernando; con una princesa de Borbón primero, que fué muy desgraciada, a pesar de ese rasgo de amor conyugal del soberano al ponerle a una calle de Sofía, Avenida María Luisa.

—¡Qué picardía!, dijo la señora de Bases mientras mascaba un bombón y ¿cómo le fué con la otra?

—¡Qué picardía!, repitió conmovida la señora de Márquez, que no había oído.

—Con la otra, dijo Zevik, fué también poco feliz.

—¡Pero qué barbaridad, qué malvado!, exclamó la señora de Bases, ¡qué pícaro!

—¡Qué pícaro!, repetía como un eco la señora de Márquez. A todo esto Chiche se reía, y Manón había conseguido aburrir a su chalán, que ahora se deleitaba en mirar para todos lados con un aire altivo, dominador y de hombre de impulsos, satisfecho de su persona, de sus ideas, de sus estancias, de su casa y de su señora Cristinita, de sus caballos, de sus toros y de sus perros.

Como la conversación languidecía, pasaron a la sala donde les esperaban las mesitas de bridge, y Chiche, que no jugaba, se quedó con Zevik. Y de confidencia en confidencia, después de haber agotado el tema del joven Obes, se pasó, como por un puente de plata, a los temas pasionales.

—¿Usted se casó enamorada, Chiche?

Y Chiche bajó los ojos como si su pensamiento oscilara, algo confusa, como avergonzada de no poder contestar en forma simple y clara. Lo curioso del caso es que ahora, después de un año, Chiche no sabía cómo, ni por qué suce-

dió ese acontecimiento. El Ocean Club, el mar, el tango, los *cocktails*, una atmósfera complicada y excitante, que mantenía en tensión continua los nervios; un concepto curioso, extraño, algo paradojal de la vida...

—Debe ser triste, observó Zevik, haber soñado con un don Juan en nebulosa, un primer galán de Dumas hijo u Oscar Wilde, y encontrar esa realidad truhanesca, cínica, que recuerda los pícaros de las novelas españolas, sin su gracia e inteligencia.

Y Chiche se quedó pensativa, muy triste, y una onda de esos recuerdos de la frivolidad del pasado oprimía su alma. Zevik le tomaba la mano de una manera fraternal, como para afirmar una solidaridad con su dolor.

Una noche de tragicomedia

... En fait de sentiment, changer n'est-ce pas mourir?

BALZAC.

Il n'est ny parole, ny exemple, ny démarche quelles ne scachent mieux que nos livres.

MONTAIGNE.

En Chiche y Manón había una doble personalidad, dos espíritus, dos sensibilidades superpuestas, y lo que es más curioso, antitéticas. Sin embargo andaban en paz, en una coexistencia armónica y curiosa; salvo alguna que otra hora, en la que ciertos acontecimientos traen la crisis, a veces dolorosa y con angustias veladas y silenciosas, como ocurre en todos los conflictos morales íntimos.

Una de esas personas, la más robusta, yacía en el fondo de la subconciencia; era la persona real como de carne y hueso, formada por todas las influencias ancestrales y de la raza, la que

aparecía, en los momentos serios de la vida, pronta para el sacrificio; la madre, la esposa que modelan la religión y la historia en el correr de los siglos. En esas horas felices consagradas a la Monjita, la Chiche del mundo, de los bailes y comidas, la Chiche de los eternos y misteriosos *flirts*, del sentir y pensar afectado y algo deforme con esos reflejos de los discípulos de Baudelaire, desaparece ante la eterna mamá argentina que viene desde los tiempos virreinales. Su gracia y su alegría, sus maneras eran distintas, y cuando por acaso se presentaba la enfermedad, junto a la cama de la paciente no se veían ni rastros de Mme. Vivien, Regnier, Delarue Mardrus, de Noailles... En cambio era un resurgir de santos, de novenas, de rezos, de votos y promesas inagotables y sinceros.

Eran también las horas de los remordimientos, de las reflexiones profundas y amargas. Aquella noche la Monjita la inquietó porque parecía con fiebre, pero después de un examen rápido, y ya tranquilizada, fué a recostarse en su dormitorio. Su esposo no había llegado. Según avisara por teléfono, era cosa de un asunto de honor, de esos delicados, y que comprometen a los amigos. Sin embargo estaba intranquila. Esa presión prolongada y

expresiva de la mano de Zevik en la fiesta de la víspera, la dejó como con un ardor de frío. Arrancaba desde el fondo de su subconciencia un algo de reproche, desagradable y perturbador. Por la tarde, una ligera narigadita de esos polvos blancos, y sedosos, le trajo una cierta excitación, como si el espíritu de un vino muy rico invadiera de pronto toda su alma; pero un rato después se sentía en desequilibrio, débil, con sus nervios lacios y sin el tono habitual de su vida.

El reloj anunció la media noche con unos repiques solemnes, y de un eco misterioso e imponente en la soledad de la hora y del palacio. En esos días una banda de ladrones había asaltado una casa cercana. En ese silencio tan íntimo de todas las cosas, Chiche sintió un cierto desasosiego, como un presentimiento de desgracia. Su sirviente de confianza, un viejo peón de su padre, dormía junto al vestíbulo, y le habló por teléfono. Todo estaba tranquilo, revisadas las puertas y ventanas. Sin embargo, no quiso desnudarse y se quedó envuelta en un peinador, recostada, como de vigilia; a la espera de sorpresas, de hechos inciertos, de esos que se perciben en el aire.

En su juventud, su padre la había familiarizado con las armas de fuego, y en el fondo

del jardín, sobre un blanco de hierro, se ejercitaba muy a menudo. Su revólver era como una joyita de nácar, con incrustaciones de oro. En medio de su nerviosidad, ya muy molesta, tomó el arma para darse coraje y esperar los acontecimientos que podían producirse.

Poco a poco se tranquilizaba, porque afluyeron otras ideas y recuerdos. Zevik la seducía, y era de una audacia creciente, habilísimo en eso de envolver su alma en una atmósfera especial de dulzura, de debilidad y tolerancia; de pintar perspectivas originales, de esas que suavizan y hasta embellecen la fealdad del pecado. Y sus palabras y sus sentimientos eran bonitos, cosas coquetas y graciosas como *bibelots;* era un amor que cabía en esos cuadritos delicados y extraños de los poetas decadentes. Nada de pasiones gruesas y molestas, vulgares, ordinarias, y comunes, como para la música de Verdi o Puccini, a quienes despreciaban; no, algo raro y elegante, que apenas roza la piel; un amor intelectual, como la música modernista; un juego de las almas que se entretienen en crear emociones nuevas y raras...

El reloj dió las dos en repiques acompasados, de un eco conventual. Chiche sentía una especie de aprensión, en las orillas del miedo. Y oía ruidos extraños a cada momento, ligeros

crujidos de los muebles, impresionantes a esas horas y con sus nervios... Ahora eran unos pasos en la escalera central... sí... no era ilusión, alguien subía, con cautela. No podía ser Obes, porque entraba siempre entre dos refranes de opereta, jovial, y en punto de wisky; tanto que muy a menudo le repugnaron su aliento de alcoholizado, su cara alegre de truhán en farra. El hombre aseguraba su monóculo y al saludar en ángulo, con dos balanceos, caía sobre la cama, sereno y feliz, en un ensueño de las señoritas Ni-Ni o Be-Be.

Trató de hablar por el teléfono interior con su sirviente pero habían cortado la línea. No cabía duda, era un asalto como el de los diarios. Quiso gritar, pero pensó en la Monjita que estaba algo enferma. Entonces apretó bien su revólver y corrió hacia el cuarto de su hija. Desde la ventana interior se dominaban la escalera y el dormitorio de Obes. A través de las cortinas vió cruzar en esos momentos, una sombra, muy despacio, en punta de pie. La sombra se acercaba a su escritorio, a la caja de hierro, a las alhajas... Al abrirse la puerta, la suave claridad de la noche le permitió reconocer al asaltante en algún movimiento característico. Y descalza, muy pegada a la pared, fué paso a paso tras de esa especie de

fantasma, y entraron casi juntos al escritorio.

El intruso debía conocer muy bien el terreno porque fué, sin vacilar, a la caja de hierro, y sacó un valioso collar de perlas y otras joyas. De pronto se iluminó el cuarto, y una voz enérgica, pero en tono de sobresalto le dijo:

—¡Arriba las manos!

Y aparecieron en un cuadro de tragicomedia Chiche, de revólver que apuntaba, y Obes con su carga de joyas.

Obes aseguró su monóculo y risueño alzaba las manos y las joyas. Ante la intimación de Chiche las puso en su lugar, y después, con paso algo inseguro, porque estaba un poquito achispado, le pedía perdón. Era una deuda grave, de esas de honor porque se contraen en la carpeta, y a diferencia de las bancarias, deben pagarse necesariamente so pena de quedar descalificado. Este es uno de los principios fundamentales del honor caballeresco. ¿No le había suplicado que consintiera en una nueva hipoteca sobre la «Bendita»? Su crueldad, o mejor, su estrechez de alma, lo había llevado hasta esos extremos. De rodillas le pedía perdón, e intentó abrazarla para que la dulzura del amor ablandara su enojo. Chiche, con toda calma, lo rechazaba, y había algo de asombro en sus ojos ante ese cuadro.

Y Obes continuaba su defensa. Esa noche había llegado tarde porque lo detuvo un asunto delicado. Dos amigos suyos discutían los méritos de las señoritas Ni-Ni y Be-Be, y a propósito de cualquier cosa, se injuriaron. Obes fué designado para integrar el tribunal de honor. Sostuvo una larga y enojosa discusión con sus colegas, y volvían a reunirse a las dos de la tarde, porque el punto era muy difícil y de pensarlo mucho.

Chiche lo observaba, y a medida que salían las señoritas Ni-Ni y Be-Be, la discusión de los amigos, las injurias y ese tribunal de honor presidido por Obes, en todas sus fibras, en todas las raíces más profundas de sus sentimientos, en la esencia de su alma, ocurría una transformación curiosa, y una onda de desprecio intenso, irremediable, hizo algo así como explosión en una carcajada homérica, una de esas risas en cascadas, cristalinas, inagotables, que de pronto traía una especie de recuerdo muy lejano de la locura.

La religión de Chiche

La superstition a diminué la vie; nous la voulons entière... nous aurons notre place dans le monde de l'esprit.

RENAN.

La philosophie qui convient à ces heures de repos est celle des cigales et des alouettes.

RENAN.

Chiche era religiosa, por lo menos infalta-ble a la misa de las doce del Pilar o de las Vic-torias, a las pláticas quincenales de monseñor de los Santos, en una iglesia distinguida, do-rada, llena de adornos finos y de una munda-nidad exquisita. Monseñor hablaba bien, un lenguaje discreto, respetuoso, en el fondo, de las cualidades de Chiche y se sentía domina-do por su prestigio social. De vez en cuando el orador, en el entusiasmo de su palabra, era algo audaz y al meterse en esos problemas trágicos del bolshevikismo, se dejaba arras-trar por las corrientes democráticas, y sus pá-

rrafos adornados con las metáforas bíblicas, traían un cierto estremecimiento en la escogida concurrencia.

¡Lenine ¡Trotsky! ¡Marx!... con todos sus horrores, la socialización de los bienes, los palacios puestos al servicio del pobrerío del barrio; las niñas obligadas a casarse después de los diez y ocho años, a casarse por fuerza, con el primer barrendero que pasa; los hijos al cuidado de algún caudillo de parroquia, comisario de la infancia, de melena y afeitado por encima de las orejas, bigotes en arco, taconeador y sucio... ¡y esas almas hechas con todo arte, como artículo de lujo, de medida, con encajes espirituales... sacudidas y manoseadas por la grosería revolucionaria!... Por aquel público selecto y sensible pasaba un rápido estremecimiento que conmovía los collares de perlas y agitaba los senos en un respirar afanoso.

Serían posibles esos horrores... y resucitaban los ecos de la fusilería de Enero, el pánico de Mar del Plata ante las amenazas extremistas. Y monseñor de los Santos, que era algo teatral, alzaba las manos afligido por su grey, y con un calor y energía muy sugerentes invitaba al sacrificio, a esa limosna salvadora, a suscribir los cheques de cifras grue-

sas, a donar los terrenos y las casas, como en la estepa el viajero perseguido por los lobos abandona sus provisiones para calmarlos o distraerlos. Una luz suave, matizada por los colores de los vitrales, iluminaba la escena pintoresca y coqueta. Las expresiones eran de disgusto, de disimulada contrariedad. Chiche y Manón parecían aburridas, como en una comedia sin interés, y miraron sus relojes. La señora de Eibar pensaba en esos momentos en Agujetas, *crac* del año y que debía disputar el premio de un coronel. La palabra sacrificio parecía fuera de sitio en ese recinto de un sagrado elegante. Y cuando monseñor de los Santos se alzaba sobre esos picos sublimes del deber, todo su discurso y su tono altisonante, en medio del *frou-frou* de los vestidos y los murmullos y los rápidos comentarios, tenía un acento de retórica inadecuada y falsa.

A este respecto, los amables feligreses de monseñor de los Santos tenían una doctrina de fundamento, basada en una ciencia realista de este universo. Y esta filosofía era muy simple: las cosas se arreglan por sí solas y por la línea del menor esfuerzo. Más o menos el mundo continuará su vida en el porvenir como en el pasado y el presente, sobre ba-

ses análogas, la familia, la propiedad, los ricos y los pobres, los buenos y los malos y los inteligentes y los imbéciles. Podrán ocurrir trastornos pasajeros, huelgas más o menos revolucionarias, pero las aguas volverán a su nivel y los ríos correrán por los mismos cauces milenarios. Rusia era el fenómeno, el hecho anormal, el milagro al revés, una pesadilla pasajera. Por otra parte la política marxista y esa filosofía eran cosas demasiado vulgares y ordinarias. No se puede reducir la vida al vientre cuando se vive en una civilización que lucha, desde los tiempos clásicos, por revestir nuestros instintos de un color idealista, para darnos algo así como un ensueño de que somos emanaciones preciosas de un espíritu de belleza.

Otras veces monseñor trataba del pecado con todas sus complicaciones. El pecado de amor era algo difícil y travieso y más bien elegía los otros, el de lujo, de vanidad, los trajes, los bailes; la inmoralidad reinante, algo pueril, porque en su base las almas conservan los sedimentos virreinales; eran más bien pecados de moda, de una brisa sensual que acaricia por unos meses sin dejar rastros. Y entonces se refería al demonio y sus artes, pintaba el cielo y el infierno con esos colores su

bidos de la paleta oratoria del Padre Jordán.

Por desgracia su auditorio había leído esos libros que, sin acercarnos a Dios, nos alejan del diablo. Más o menos conscientemente todas creían que llevamos el demonio dentro de nosotros, disfrazado con nuestros malos instintos, nuestras pasiones y todo ese fermentar de seres desagradables que anidan aún en las almas más buenas. Y en cuanto a ese demonio, que viene de afuera, es un mito inventado por la fantasía de los hombres durante la Edad Media. Con el andar de los siglos se espiritualizó tanto que no ha dejado huella visible de sus aventuras terrestres, salvo en las almas de algunas viejas devotas que se persignan para que no se meta en el alma dentro de una bocanada de aire.

La tarea de dirigir almas de los predecesores de monseñor de los Santos, era muy sencilla. El P. Monterroso, rector de los jesuitas y pastor de las almas aristocráticas de mediados del siglo XVIII, tenía un trabajo fácil y sus recursos para gobernar la grey eran poderosos, unos medios irresistibles, a comenzar por las censuras privadas o públicas, según el pecado; las alusiones personales, más o menos claras y directas, en la plá-

tica de la misa de 11 en San Ignacio, y el demonio que anda por ahí, en el aire, en la luz, en el frasco de olor, en las flores, en la brisa perfumada de los jardines, en las sombras de la luna... Y esas jóvenes creían a puño cerrado en todas esas cosas. Más de una vez la negra niñera les habló de ¡Mandinga! ¡Cruz!, cuyos ojos chisporreteaban en los leños encendidos, que se mete dentro de las luciérnagas y se oculta entre los árboles, en las camelias, las rosas y los jazmines... ¡Santo Dios! si era cosa para desesperarse. Se caminaba al borde de precipicios siniestros, y allá en el fondo oscuro y trágico se veía la negrura del infierno, con sus reflejos de incendio. Y por cualquier falta se cae en esos abismos, porque una simple idea, la intención, la sombra del pecado, mancha la limpidez de las almas jóvenes. Y estaba de por medio nada menos que la eternidad, un tiempo inconmensurable, sin principio ni fin, algo como un caos que durará siempre.

Monseñor de los Santos era de espíritu fino y le bastaba mirar las caras de Chiche o de Manón para darse cuenta de la ineficacia de esos recursos. Aquellas almas empapadas en la cultura balcánica del barón Zevik sonreían discretamente con esas descripciones y

anuncios. El Antíguo Testamento y la Imitación de Cristo, Santa Teresa y los otros místicos, habían pasado de la religión al arte, y en su lectura se buscaba la emoción literaria por aquellas lectoras muy cultas, capaces de resistir el contacto de esas cosas sublimes.

Y monseñor de los Santos buscaba con afán los medios de volver al redil a tanta ovejita descarriada. La severidad, la disciplina enérgica, golpeaban aquellos espíritus como las balas de papel sobre una plancha de acero. A pesar de sus pláticas, de los retos en el confesionario, de las amenazas espirituales, todas las hijas de María y fieles devotas de los Sagrados Corazones continuaban con los mismos descotes y polleras cortas, en el entusiasmo del tango y del *shimmy,* y un afán apresurado de saborear el instante que pasa, sin perjuicio del fiel cumplimiento de todas las prácticas del culto.

Esa moda de los deportes, reflexionaba monseñor de los Santos, influye en este espíritu mundano porque trae el respeto, el culto del cuerpo. Con razón escribía el señor Gorriti: es inútil y poco decente que una niña sepa saltar y sea veloz en la carrera. Es inútil y pernicioso, porque nos aparta de la contemplación del alma y de las cosas espirituales y

nos lleva al entusiasmo de las cosas terrenas. Y la imagen de los padres coloniales, el rector Monterroso, el comisario de la Santa Inquisición, fray Tomás de los Angeles, y las aflicciones de Conchita, perseguida por los rigores eclesiásticos, todo ese pasado afluía a su espíritu como una onda de infinita tristeza y amargura; tal vez «porque no concebía la gracia en su sentido amplio y natural, y porque el mundo se parecía más a los jardines de Epicuro que a los desiertos de la Tebaida», según dice el abate Coignard.

La caída de Chiche

L'amour fait tout excuser, mais il faut être bien sûr qu'il y a de l'amour.

P. MERIMEE.

¡Viva usted, viva la maravillosa vida que tiene en sí! ¡No pierda nada de ella! ¡Busque continuamente nuevas sensaciones!

O. WILDE.

El pecado es realmente el único elemento de algún color en la vida moderna.

O. WILDE.

Al oscurecer Chiche entraba al te Harrods, y para darse el coraje necesario en su audaz y arriesgada aventura, bebió un *cocktail* batido según una fórmula nueva de Zevik, con unos gramos de ajenjo que pone ese color verde y opalizado, de reflejos como de piedras preciosas. Un rato antes de salir, una narigada de ese rapé blanco y sedoso le trajo la ligera embriaguez tan suave de los anestésicos. Así en su alma actuaban en ese momento los

excitantes más finos y eficaces. Unas músicas alegres y ruidosas completaban el enardecimiento de todas sus facultades, y se sentía dueña de un poder de emoción extraordinario, en un deseo ansioso de saborear la vida efímera que pasa.

Al mirarse en el espejo se encontró bonita, elegante y fina; un objeto de lujo, una muñequita de luz amable. Sus ojos tenían más brillo y eran muy profundos en su color verde, con su cuadro de sombras, de pestañas y cejas que les daban mayor misterio y encanto. ¡Ah! sí, Oscar Wilde tenía razón: « la belleza es una de las formas del genio, la más elevada si se quiere, porque no tiene necesidad de ser explicada ». Y este párrafo de Dorian Grey, brillaba en su espíritu como en letras de oro, de un acentuado relieve. Sí, « es una soberanía de derecho divino, murmuraba mentalmente; hace príncipes a los que la poseen ».

Y el espejito parecía sonreirle y darle toda la razón. En ese diálogo con su propia imagen, su espíritu creaba unas fantasías extrañas, y a veces pueriles o cómicas. Si sus ojos querían expresar la ternura ansiosa del amor que rebasa, eran de una intensidad, de un mirar profundo que atravesaba la carne para

herir esos resortes más íntimos de las almas. Más de una vez Zevik, a pesar de su coraza balcánica, había palidecido ligeramente y hubo de acudir a todas sus fuerzas ancestrales de cinismo para no inclinarse vencido por la morochita criolla.

No sólo la música la incitaba a pensar, sino que ponía en movimiento todos sus instintos, y esas sombras que viven en lo subconsciente, y que se despiertan de su sueño en esos instantes de crisis, en los que se sacude toda la vida. Esa música norteamericana es de un admirable optimismo, de una sensualidad luminosa, alegre, impulsiva, que se precipita sobre la hora para saborearla. Parece inspirada en la filosofía de Oscar Wilde: « no tiene usted más que unos pocos años para vivir, verdaderamente, perfectamente, plenamente; su belleza se desvanecerá con su juventud y descubrirá usted de pronto que ya no le quedan triunfos, y que le será necesario vivir de esos pequeños éxitos que el recuerdo del pasado hará aún más amargos que derrota. El tiempo está celoso de usted y guerrea contra sus lirios y rosas ». Y esos conceptos bullían en su espíritu calentados por el *shimmy* y el *fox-trot*, con esa fuerza tan intensa y eficaz que presta la música a las ideas y sentimientos.

Las danzas clásicas, el minué, la gavota, los lanceros y el vals llevaban, en medio de su alegría, un cierto aire de seriedad, a veces de tristeza liviana, un matiz de pesadumbre algo romántica; esos pocos compases que indican los contrastes de las pasiones; el fondo de amargura de las cosas humanas, la vanidad efímera del placer que se esfuma. Esa música correspondía con el amor que cantaran Ronsard, Musset, Lamartine y Hugo. Era de un sentimiento intenso, uno de los caminos para comprender la faz de espíritu y aérea de la vida, y penetrar los misterios de lo infinito; y una sombra de abnegación o sacrificio esparcía una luz muy bella sobre las almas apasionadas.

Y entre todas esas músicas alegres e impetuosas, Chiche oía mentalmente los conceptos de su autor favorito: «si un hombre quisiera vivir su vida plena y completamente, si quisiese dar una forma a cada sentimiento, una realidad a cada sueño, creo que el mundo sufriría tal empuje de nueva alegría, que olvidaríamos todas las enfermedades medioevales para volvernos hacia el ideal griego, ¡quizá hasta algo más bello, más rico que ese ideal!» ¡Ah, sí, de nueva alegría! ¡Esa gloria de ejercitar todas las facultades, todas las aptitudes

que Dios nos diera! Realizarse, y por ahí se entiende saborear todos los placeres, conocer las cosas bellas y amables, extender su alma, con las alas bien abiertas, por todo este universo, y agotar hasta la última esencia de felicidad y de emoción sensual o intelectual que nos ofrezca.

Y los compases del *fox-trot,* alternados con la música verista de Puccini, prestaban a estas ideas un vigor de sensación expansiva admirable; como si todo el organismo, en una especie de sobresalto, reuniera sus energías en la caza incontenible de la hora efímera de placer vulgar y equívoco. En ese cuadro de lujo, de admirable escenario de comedia distinguida, del te de Harrods, estos conceptos encuadraban bien, y la deliciosa personita de Chiche, frente a su *cocktail,* en diálogo con su coqueto espejo de bolsillo, entre las músicas y el murmullo de las conversaciones; ahí entre esas cabecitas con unos sombreros pintorescos, que recuerdan las trincheras en un contraste de escena de Marivaux, era algo así como un símbolo, entre otros símbolos, de una multitud de cosas amables y risueñas, a veces pueriles, pero muy divertidas.

En la esquina de Paraguay y San Martín la esperaba un taxímetro de aspecto extraño,

por su lujo. La máquina arrancó a toda velocidad por la calle de Charcas y otras oscuras y solitarias hasta los alrededores de Palermo. Chiche se sentía con unos nervios enfermos y excitados; una especie de fiebre cerebral que al confundir sus ideas le daba una angustia interior, como si despertaran en el fondo de su alma todas las fuerzas de las virtudes ancestrales. ¡No, no podía ser!... Encontrarse sola, con Zevik, en su hotelito de la calle de Bompland... ¡Era un horror! Y toda temblante, llamó al *chauffeur* para darle otras órdenes, pero el hombre, aleccionado por Zevik, continuaba a toda prisa. Y Chiche se sentía desfallecer. Los anestésicos y el *cocktail* quebrarían su voluntad, y la dominaba una especie de inercia, de entresueño, de fatiga irresistible. Por unos segundos pensó en la Monjita, esos ojos claros, límpidos que la alegraban todas las mañanas con la viveza y frescura del amanecer de la vida... ¡No, no era posible! ¡Era un horror!...

Después recordó a su esposo Obes, sus entradas en las últimas horas de la noche, achispado, repugnante con el perfume aún fresco de las señoritas Ni-Ni o Be-Be; dormido entre dos refranes obscenos o cínicos de opereta. Su vida deshecha, tirada a la calle; toda su alma

tan rica y ansiosa de las emociones inteligentes, nobles y sanas, de una sensibilidad exquisita, manoseada por la grosería lúbrica de un ser que estaba con un pie en esa región animal de los instintos brutales, dominado por las sensaciones bajas, inferiores e impuras...

El taxímetro se detuvo frente a un jardín oscuro, en una calle solitaria, y cuando Chiche acordó estaba en brazos de Zevik, entre los árboles. Y al llevarla, con cierta dificultad, hacia la casa, le repetía sus pláticas amables, la moral del placer, la vida que escapa, los ejemplos de las cortes balcánicas y de la alta nobleza; la distinción y elegancia suprema de ese pecado de un refinado *snobismo* cometido en busca de las sensaciones raras, extrañas y efímeras. Hay que vivir la vida, en una forma original y propia, fuera de esos prejuicios y convenciones de una moral mediocre, adecuada, como la música de Leoncavallo, para los espíritus subalternos. El murmullo del respirar de los árboles, el olor de la tierra humedecida por el rocío, el misterioso y solemne silencio de la noche clara y estrellada, servía de cuadro a esta escena de drama. Chiche se esforzaba, en una última reacción, por librarse de la falta irreparable, enferma y angustiada, en la plena conciencia

de la ignominia posible; mientras sentía en su boca un beso intenso, suave y profundo, que se prolonga, un beso que dura como para morir...

El hotelito de la calle Bompland...

Las mujeres son un sexo decorativo. No tienen nunca nada que decir, pero lo dicen de una manera encantadora.

OSCAR WILDE.

... C'est l'homme qui se crée l'image de la femme et la femme qai se forme d'aprés cette image.

NIETZSCHE.

Por su decorado, el hotelito del barón Zevik daba la impresión de algo religioso, extraño y original, de un misterio exótico. A veces era un rincón del Oriente por los tapices, los divanes, las copas de bronce de esas formas que recuerdan las fantasías muy viejas de los hombres; las combinaciones pintorescas de colores muy vivos; las sederías y pieles que servían de marco a unas imágenes de esos dioses misteriosos de los asiáticos. Un cierto perfume sensual, y que adormece, formaba parte de

la atmósfera de ese interior, y contribuía a dar una impresión de voluptuosidad, a predisponer el espíritu y los sentidos para saborear bien esos placeres suaves y finos, tenues, que acarician superficialmente las almas. Todo ese conjunto parecía algo así como la antecámara de un fumadero distinguido y lujoso del opio, y demás anestésicos y excitantes; un recinto admirable para adorar las sensaciones y gustarlas gota a gota, con la fruición de un apasionado de la vida.

Los viernes y martes estaban consagrados a Chiche. Ella venía al oscurecer, ya tranquila y en amistosa intimidad con el pecado. Los escrúpulos desaparecieron en pocos días, como se disuelve la bruma en contacto con la luz. Y aquí las luces eran divertidas y variadas, como si se expusiera a los rayos eléctricos una vidriera de esmeraldas, perlas, brillantes y rubíes. Zervik la esperaba con la mesita de te preparada con toda coquetería. De la calderita de bronce antíguo japonés en que hervía el agua, se desprendían copos de vapor que decoraban el ambiente, y acentuaban su carácter de mundanidad, de *snob*.

A veces la luz de la habitación era amarilla, la luz más tónica y reconfortante; la luz suave que calma los nervios y aplaca las pa-

siones. Otras tardes era violeta; las tardes románticas, en las que se desea hablar del fin de las cosas, de esa vanidad que al darles su sabor propio las hace más apreciables. Nada aviva tanto la ilusión de la hora feliz como ese convencimiento de que es efímera, de que sus minutos vuelan, de que va a confundirse en la eternidad misteriosa del tiempo.

Mientras tanto se bebía el te y el vasito de licor colorado, y se conversaba sobre los temas extraños, porque ambos sentían un desprecio creciente por toda esta vida criolla. Zevik era inagotable, con sus cuentos balcánicos, las aventuras de esos países misteriosos, limítrofes con la cultura bizantina. Todo era allí tan distinto, a comenzar por el amor, celebrado en palacios de encanto, entre piedras preciosas, tapices, fuentes de agua perfumada con esos olores de las esencias orientales. Y terminaba sus relatos en un estado de exaltación algo poética, y sus palabras eran muy ardientes en ese elogio de las flores, las mujeres y las alhajas. Chiche se sentía más afinada, de un espíritu más ágil, apto para comprender esos matices que colorean las pasiones y la vida. Zevik le revelaba todo un mundo nuevo, lleno de prestigio; un mundo fantástico y curioso; con esa magia irre-

sistible de las armonías extrañas, los versos colorados, la pintura cubista, la música de las disonancias; el *snobismo* en la literatura, la moral y el arte. Era necesario buscar en la vida la mayor tensión nerviosa y espiritual; dejar de lado lo sencillo, lo común y lo simple, bueno para las almas mediocres. El ideal de la existencia inteligente es un sentir intenso. Las rosas son demasiado inocentes y naturales. La condesa de Noailles, citada por Maurras, prefiere las orquídeas o el heliotropo de color violado y del perfume de la vainilla.

Los domingos se reservaban para las señoritas Ni-Ni y Be-Be y sus amigas y amigos. Venían después de las carreras, agitadas y nerviosas, con la impresión amarga de algún «batacazo» desaprovechado. Por primera vez Agujetas llegó segundo, por una punta del hocico. Ni-Ni y Be-Be tuvieron unos informes o mejor dicho mala suerte, porque hay que creer en la fatalidad. Eybar, propietario del vencido, indemnizó sus pérdidas con buen humor y mano generosa, mediante un cambio de besos. Soportaba su derrota deportiva con la serenidad de un verdadero *gentleman,* a la manera clásica. Y con un tono sobrio, seguro y dogmático, de experto, reconocía las defi-

ciencias momentáneas de su caballo. A esas horas, tranquilo en su pesebre, Agujetas miraba el crepúsculo dorado del cielo por la ventanilla de su celda. La derrota no había impresionado su alma y su aspecto era siempre el de un animal inteligente, vivaz y simpático. De rato en rato, algún brioso relincho traía la sospecha de que tal vez Preciosita lo impresionara al pasar, camino de la pista. Saboreó su ración de avena, resignado ante la fatalidad de sus circunstancias de privilegio, como *crak* y futuro padrillo de un haras célebre, y una filosofía sabia y simple borraba todos los recuerdos desagradables; y hasta acarició la mano de su cuidador que lo compadecía.

Las señoritas Ni-Ni y Be-Be hablaron de los trajes estrenados por Chiche y Manón en las carreras. Ni-Ni elogiaba la personalidad original y propia del arreglo de Chiche en su vestir: el sombrero, el saco, la falda, las botitas y las pieles, formaban un conjunto de una armonía curiosa y expresiva, algo así como una síntesis, un ser nuevo artificial, con su inteligencia, su gusto, su gracia, que parecía vivir entre los géneros su vida propia y autónoma. A veces el fenómeno era un milagro de la modista, otras del modelo, que estaba en

el mismo grado de civilización que su traje. La señorita Be-Be señaló los casos de un desequilibrio, de un alma inferior a su vestido; y entonces viene un estado anárquico: las diversas piezas pierden su vínculo de unión, el ser artificial se desarticula como en el ejemplo de una muñeca descompuesta. Ya no hay expresión, ni gracia; los géneros se arrugan, caen en líneas ingratas, y pierden todo su espíritu, su tono de elegancia y fineza ligeras.

Ni-Ni había visto de cerca en el comedor del Ritz a Chiche y Manón, a pocos metros de su mesa, y en esa ocasión pudo estudiarlas y observar con ojo crítico y experto muchos detalles interesantes. Reconocía en esas señoras un temperamento distinguido y peculiar. A fuerza de encontrarse en tantos lugares públicos de ocios elegantes, se creó una cierta afinidad muy lejana, a través de palabras sueltas, de miradas curiosas, de algún acercamiento fugaz en la ruleta de Mar del Plata. Es decir que las señoritas Ni-Ni y Be-Be eran personas reales para Chiche y Manón, y que a la distancia ejercían una influencia indefinible.

Hay una fuerza secreta humana, misteriosa, que actúa por acción de presencia; algo así como unos hilos invisibles que ponen en contacto las almas a través del tiempo, del

espacio y de los obstáculos materiales. Bourget la compara con la radioactividad. Y es evidente que si el azar nos pone en relación, aunque sea de simple vista, con otra persona, esos conductores llevan y traen partículas de las almas, modalidades del pensar y del sentir, y se produce una compenetración que podrá causar un rápido y violento rechazo, o crear afinidades electivas, o dejarnos en un estado de indiferencia. Al lector le ocurrirá el caso muchas veces por día con las personas que encuentra al pasar o en sus tareas. Son sensaciones muy rápidas, generalmente pasajeras, pero a veces dejan un recuerdo que dura, y en esa circunstancia el radio espiritual, diríamos, actúa en nuestra alma y a pesar nuestro la altera. Para el barón Zevik, observador prolijo, Chiche y Manón estaban sometidas a esas emanaciones morales que fluían de las señoritas Ni-Ni y Be-Be; y como Manón era su esposa, la curiosa experiencia resultó desagradable. Y aquella noche escapaba de los Balcanes y de sus fantasías, preocupado con esas interesantes realidades.

La educación de la monjita...

Tu ne dois pas seulement propager ta race plus loin, mais aussi plus haut. Que le jardin du mariage te serve a cela.

NIETZSCHE.

Hoy se considera la vida como una especulación. Y no es una especulación, sino un sacramento. Su ideal es el amor, y su purificación el sacrificio.

OSCAR WILDE.

El alma es una terrible realidad.

OSCAR WILDE.

Esa vida de Chiche se desarrollaba en forma de torbellino; de comida en comida, de baile en baile, de cena en cena. Los martes y viernes en pleno pecado en el hotelito de Zevik; los lunes en lo de Manón; el miércoles al *dancing* íntimo de los Eybar; los jueves al Ritz, en grupo familiar; los sábados a una fiestita improvisada; y las correrías por modistas y joyeros; y un poquito de sol en Palermo, a mediodía... El mismo Zevik se asombraba de esa especie de aturdimiento; una velocidad de tren expreso adoptada como

marcha normal; un estado de excitación nerviosa contínua, con el corto intervalo de las horas de sueño. No tenía tiempo para pensar, o detener unos minutos a su espíritu sobre sí misma. En pocos meses se realizó ese prodigio de un ser que se ignora, de un alma que va como a ciegas entre las gentes, en el vértigo de unas vueltas de baile rápidas e interminables. Era la vida que se desarrolla en escenas fugitivas de cinematógrafo y que dejan una impresión vana y efímera. Si alguna vez monseñor de los Santos le hablaba de esas cuestiones que son como puntos de alarma, algo molestos, esparcidos por una mano misteriosa en el fondo de las almas, Chiche, muy sorprendida, como quien llega de pronto a un país exótico, contestaba en tono de asombro pueril y un poco risueño.

Para mayor comodidad de su mamá la Monjita fué entregada al cuidado de miss Halmarhf, de Noruega, vecina de Ibsen y de Nora, la deliciosa heroína de la Casa de Muñecas. Miss Halmarhf había sido *nurse* en casa de unos príncipes mediatizados de Sajonia; de un par de Inglaterra y de unos príncipes rusos, en la buena época. Muy a menudo le contaba a la monjita, para corregirla y enseñarle los modales a imitarse, anécdotas de las

princesitas germánicas y eslavas: su alteza Bárbara de Sajonia, tan cumplida, obediente y encantadora (*charming*); de una elegancia y distinción que constituían la prueba de su abolengo. Alguna vez Zevik rectificó esos entusiasmos; la encantadora princesita Bárbara pesaba ochenta kilogramos a los diez y ocho años, y había heredado de sus más ilustre antecesor, un caballero del Temple, una altura de dos metros, una nariz borbónica, y un pie que siglos antes matara un caballo de una patada.

Así, la Monjita tenía ocupado su espíritu por esas personas de casas reales que le interesaban más que la gramática inglesa. En sus sueños veía duquesas y marquesas, y jóvenes nobles empenachados, elegantes y bellos; en vez de las hadas de los cuentos. Ese mundo de fantasía ingenua y deliciosa que crean los niños, se había transformado en escenario de un *snobismo* complejo y extraño. Y junto con esas muñecas se metía en su alma todo ese conjunto de ideas, sentimientos, perspectivas de la vida que están incluídas en esos símbolos. Era una gloria oirla hablar de las cosas, de las personas, de sus amiguitas, con un acierto y un tino de mundanidad sorprendentes. Ya sabía muy bien la diferencia grave puesta por

Dios entre su mamá, Manón, la señora de Eybar, y el resto de las gentes que cruzan por este mundo sus vidas difíciles, o de esas envidias que atormentan y amargan todos los placeres.

Mistress Halmarhf era viuda, rígida, y de una severidad que recordaba el paso de la oca, de los regimientos prusianos. Todas las expansiones, ese calor de la vida que hierve en el alma infantil y constituye su encanto, era impropio (*shocking*). La Monjita, como las princesas, tenía sus horas de audiencia para ver a su mamá, jugar con sus amigas y visitar sus muñecas. Aún en los mismos entretenimientos, la admirable mistress Halmarhf pensaba que la vida es una regla estricta, bien cumplida; un protocolo que da su carácter, su esencia y su finalidad a las personas.

Naturalmente, todas las ideas de los príncipes mediatizados entraron en el hotel de la Avenida Alvear, y mientras Chiche bailaba, el alma de la Monjita sufría una serie de cambios curiosos; era como una materia prima, blanda y dócil, modelada con arte por la excelente mistress Halmarhf. A simple vista se notaban las transformaciones, y a veces alguna huella del sufrir ocasionado por esa disciplina feudal, por esos ideales ajenos y tan

opuestos a todas sus tendencias ancestrales. Así, sus maneras eran más discretas y medidas, como si la reverencia fuera su estado natural, y al saludar con el tono sereno y ceremonioso de la princesa Bárbara, daba la impresión de un espíritu adulto y de experiencia en un cuerpecito de criatura. Era un contraste de un belleza « esnóbica » impecable, Algunos de sus gestos, en especial los despectivos al encontrarse entre gentes poco gratas, tenían matices muy finos, como para entendidos. Y la excelente mistress Halmarhf sonreía ante esa formidable obra suya.

Y Chiche continuaba su viaje a toda prisa a través de los bailes y de los Ritz. A veces iba al Colón a oir a Wagner, porque esa música la excitaba como si pasara una mano de seda por adentro de su ser, en un suave acariciar de sus nervios. Mistress Halmarhf se oponía a que fuera la Monjita, pero alguna vez debió transar, y desde su palco la niña contemplaba los cuadros fantásticos de « Parsifal » y la concurrencia de personas de su amistad, que sonreían, llenas de sorpresa, al verla en sus primeros balbuceos del aprendizaje de la vida de las sensaciones. Y esta temprana impresión confirmó todas las enseñanzas de mistress Halmarhf, porque tuvo así la

Monjita un concepto del Universo visto desde un palco balcón y entre los encajes y collares de su mamá y de la señora de Eybar.

Monseñor de los Santos solía argumentar contra este régimen educativo; muy a la sordina, por el temor de ofender a personas que estaban en un contacto muy lejano, pero siempre contacto, con Bárbara de Sajonia, régimen cuyos horizontes mueren en los encajes de las vidrieras de la sala, a pocas varas de distancia. En su concepto, el mundo se extendía algo más allá, por la acera, y hasta cruzaba la calle, y podía llegarse al mismo río, sin agotar el Universo.

Mistress Halmarhf observaba un silencio de forma respetuosa, pero en el fondo iba el dejo amargo de desprecio de todos los príncipes mediatizados. Durante sus años de aristocracia había frecuentado otra clase de prelados, de más fuste, de dos o tres apellidos, con esos títulos sonoros y épicos como un acorde de cobres de Wagner, y que llevan las insignias episcopales decoradas con el escudo feudal. A monseñor de los Santos le faltaba orgullo interior, esa fe en la nobleza de Cristo, ese empuje que rompe todas las barreras *snobs*. Alguna vez le dijo a Chiche:

—Usted no piensa en el dolor, en la muer-

te, en el drama que a todos nos acecha; no reserva sus fuerzas para el posible sacrificio, para el deber que puede presentarse en forma trágica en un momento inesperado. ¿Qué haría usted frente a la desgracia?

Chiche sonreía. ¡La desgracia!... ¡el dolor!, ¡el sacrificio!, ¡el deber!... ¡Acaso el mundo fué creado para esas cosas!... ¡Tonterías de monseñor! La vida no es drama, ni tragedia; es una sucesión de escenas de comedia que llevan en palmas el espíritu *snob*.

Al día siguiente, en el hotelito de la calle Bompland, a falta de otro tema, se comentaba ese estreno en la vida de la Monjita. Ni-Ni y Be-Be desaprobaron el sistema de educación. Zevik observó que una mujer de mundo se forma en el invernáculo, en la atmósfera de artificios, como las flores raras.

—Así, tu crees, mi príncipe, replicó la señorita Le Blanc, dama joven de la comedia del Odeón, que las flores van del invernáculo a la naturaleza, y que la gracia pasa de la sala a la vida, que ahí entre los gobelinos se engendran la elegancia y la agilidad espiritual... Es un error. No negarás que Ni-Ni es una criatura fina, que tiene encanto; y sus movimientos son más flexibles y sueltos, y su pie más delgado y aplomo sobre su eje, que el

de la princesa Bárbara de Sajonia: que sabe caminar con cierta ligereza, con un paso que da la impresión de algo amable, de gracia en equlibrio... ¡Acaso se creó en los invernáculos! Yo, mi príncipe, intérprete preferida por los mejores autores de mi pais para esos papeles de mundanidad, pasé mi niñez en el campo, entre los árboles, las flores, los animales, y las hierbas. Dormía al sol sobre el lecho de verdura, y chupaba por todos mis poros la savia rica y generosa de la madre tierra... Y ese sol, ese aire puro enriquecieron mi espíritu y mis nervios, y el andar descalza trae el desarrollo natural y armónico del pie, indispensable para la elegancia de los movimientos... Esas mismas finezas de la vida lujosa, fueron ideadas por modestas obreras que combinan los colores y dibujan los trajes; y muy a menudo deben enseñarle a Chiche y a Manón cómo se lleva una falda, o se vuelve una capa con gracia...

Zevik, que estaba enamorado de la señorita Le Blanc, le puso un anillo de esmeralda, mientras la eximia artista sonreía, con una sonrisa de malicia, que seguramente no habría aprendido en la pradera nativa.

Para matar las horas
El pugilista Saboff

L'ame qui n'a point de but estably elle se perd, car, comme on dict, c'est n'estre en aucun lieu que d'estre partout.

MONTAIGNE.

Ce que le bonheur des autres a d'admirable, c'est qu'on y croit.

C. MENDEZ.

¿Qué hicieran, si todo fuera contento, gusto, placer, solaz y felicidad?

GRACIAN.

Aquella tarde de otoño Chiche y Manón conversaban en el escritorio de la avenida Alvear. Era uno de esas tardes porteñas de atmósfera traslúcida, diáfana y pura, como si una tela de cristal finísimo se ofreciera a los rayos del sol poniente. Y esos crepúsculos argentinos son tan pintorescos, de una variedad de colores tan rica, que recorren toda la gama y crean matices nuevos y originales, en los que se combinan, en un delicioso contraste, la viveza de tintes de las piedras más bo-

nitas con un tono espiritual de melancolía, de quietud, de apacible reposo. A esa hora, el alegre rosedal abre todos sus pétalos, y esparce un perfume suave, en armonía con el ligero rumor de los árboles y la serenidad de las aguas del lago. Los sombreros de las jóvenes aparecen entre las plantas, y con su aire coqueto de cascos de guerra, en los adornos, rosas y claveles, complementan ese cuadro de escenario de corte del siglo XVIII, de lugar amable que aplaca las penas y serena el espíritu.

Al anochecer las copas de hojas de un verde oscuro intenso, ligeramente dorado, de espacio en espacio, por la luz crepuscular, se acercan una a otras empujadas por la brisa, y las ramas se besan en unos diálogos que evocan el recuerdo de algún murmullo coreado de fantasía y de ensueño. Esos grandes árboles de los tiempos viejos, perdidos dentro del bosque, parece que pensaran; y a poco que se les contemple, en el recogimiento misterioso de la naturaleza al caer el día, se adivina entre las hojas un alma majestuosa y serena, en una atmósfera de tristeza grave y centenaria.

Ni Chiche ni Manón pensaban en esas cosas simples, ni las conmovía el romance de los árboles y de las plantas. Sus horas eran igua-

les, de un color unido, monótono, idéntico en todo el transcurso del tiempo. Porque esa variedad de tonos y de temas de las fiestas, de las comidas, del andar continuo, como el judío errante de un universo *guignol*, en busca de la felicidad, se había convertido en una sola nota, en el placer monocorde de oir las mismas ocurrencias, discutir puntos idénticos, repetir las mismas críticas, análogas malicias, dichas por las mismas personas con iguales gestos y actitudes.

Zevik se sorprendía de esta fragilidad del *snobismo* porteño, de su falta de recursos. En los Balcanes la sociedad tenía reservas espirituales muy abundantes, aparte de esos complicados episodios de las pasiones eslavas. La literatura y el arte, el amor y la política, eran fuentes de acción y de esparcimiento. Aquí las almas no se movían, ni renovaban sus ideas. Después de años, las personas eran idénticas, como si el tiempo no actuara por adentro de sus almas; y se observaron casos de detención del desarrollo espiritual, como ocurre fisiológicamente en los enanos. ¡Ah, en los Balcanes!... las joyas, las flores, la nueva música, el poema, la novela, la pieza dramática, constituían el fondo de la conversación. Por eso el placer de la sociabilidad era uno de los fi-

nos y apreciados, tal vez más que el mismo teatro. Hasta los vestidos eran considerados en esa faz idealista que los coloca entre las artes decorativas, como las piedras preciosas, los muebles, la platería o la porcelana.

Chiche y Manón comenzaron a sentir que, a pesar de todos sus esfuerzos para realizar la vida en diversiones, el tiempo les resultaba siempre de un vacío desesperante, hueco, y las horas conservaban el mismo número de minutos, con sus espacios bien marcados. ¡Era como para desesperar! Aquella tarde no tenían programa. La fiestita de los Eybar, con el galante chalán y su repertorio de cuatro cuentos; su toro, su cabaña, el *crack* Agujetas, algún recuerdo de los patios de los hoteles de París y Londres, si acaso alguna aventura con una princesa descalificada, pero de casa real; mientras su señora lo acompaña con su eterna sonrisa, una sonrisa inmovilizada, como si fuera de piedra, satisfecha de sí misma y entregada a ese curioso placer de saborearse; era una pieza sabida de memoria y repetida durante tres inviernos y cuatro estaciones de Mar del Plata. De antemano veían los gestos de la señora de Bases al comentar el « Oro del Rhin », con ese capricho wagneriano de oscurecer el teatro... Los discursitos *snobs* de

Isern, diletante y modernista, cubista en pintura y entusiasta de los acordes disonantes, con sus obras completas encarpetadas, rodeadas de misterio, y que juzgaba en tono despectivo y satisfecho a todos los que aspiran a tener talento...; las romanzas y poesías de la señora de Isely, que descendía de esa nube azulada en la que moraba, muy de vez en cuando, como para dejar en sus oyentes el deseo vivo de conocer más a fondo esa sombra fugaz de elegancia que pasa...

John, el lacayo número uno, pasó con una tarjeta para Zevik. Y mientras Manón leía sonriente: Ulrico Saboff, pugilista y campeón balcánico de peso pesado, y de la Europa central, Chiche le propuso decirle a Zevik que se lo presentara. Era una manera de ocupar una tarde muy aburrida. Y Saboff entró muy a plomo sobre sus piernas, en un empeño de alivianarse, sonriente, y con aire de modestia satisfecha. Las señoras observaban sus manos grandes y velludas, y él cerraba los puños para complacerlas, y describía en forma gráfica los *swing,* los *upper-cut* de derecha e izquierda, los ojos en compota, el directo que parte la nariz y los labios, y al voltear dos o tres dientes deja un hueco oscu-

ro de sangre, una mancha roja que pone un relieve épico a la escena del *ring*.

A veces tomaba la expresión feroz de la lucha. Por sus ojitos hundidos bajo las cejas, como si estuvieran ocultos en el fondo de unas cavernas, cruzaron algo así como relámpagos de rabia, pasajeros. Su frente estrecha se arrugó con una expresión de animal de bosque, que traía a la memoria el concepto de Nietzsche: el hombre viene del gorila y debe volver al gorila. Zervik le recordaba sus famosas luchas en los Balcanes ¡aquella vez que desmayara al peón de cocina del archiduque Francisco, al romperle la carretilla con un prodigioso directo de derecha! Saboff sonreía, satisfecho de su importancia universal. En esos momentos representaba las civilizaciones balcánicas y de la Europa central, en el mejor instrumento de dominio e imperio: en los músculos. Por sus músculos corría el espíritu de Goethe, de Kant, de Hegel. Pronto se iba a medir con Dempsey, el campeón norteamericano, que llevara en sus puños la esencia de Washington, de Lincoln, de Emerson, de W. James; y las dos corrientes de cultura chocarían en el *ring*. Y un aura de legítimo orgullo sonrosaba sus mejillas; y al mirar sus brazos velludos, al golpear con una fuer-

za de cien kilogramos su estómago de acorazado, la conciencia de su representación simbólica se afirmaría dentro de su alma. Las muchedumbres, los periódicos, todas las clases sociales, seguían sus pasos con la reverencia que merecen los hombres que encarnan el ideal de un pueblo. Los periodistas se apresuraban a reportearlo: ¿Qué impresión le hace Buenos Aires? ¿Le gusta el « Oro del Rhin »?

Saboff contestaba en monosílabos y sonreía con simplicidad frente a las multitudes entusiastas. Las federaciones atléticas, los comités de deportes, representantes de la prensa, hombres políticos, escritores, personalidades sociales fueron a saludar al héroe de los directos a la mandíbula. De vez en cuando movía su brazo ante las masas del pueblo, y se agitaban olas de carne que eran sus músculos. Obligado a hablar se puso de pie y dijo:

—Señores, gracias, muchas gracias, otra vez gracias. Y el público prorrumpió en aplausos clamorosos.

Valía la pena el cultivo de los directos a la mandíbula: ¡era la gloria! ¡más que un poema, que una tragedia o que una ópera!

El domingo anterior, Saboff había estado en el hotelito de la calle Bompland. Zevik ponderaba ese deporte, y en su concepto el

triunfo en la lucha por la civilización y el progreso correspondía a los músculos, considerados como símbolos de la fuerza.

—Mi príncipe, le dijo la señorita Le Blanc, toca mis músculos y mira mi puño... Eso es... bésalo, así se aclara el discurso. Apenas servirían, previo adiestramiento, para aplastar un canario. En cambio tú, que eres un atleta aficionado a todos los deportes, te inclinas ante mi fuerza como un pajarito. ¿Sabes dónde reside ese secreto, el sortilegio que da el triunfo a las mujeres, a los hombres y a los pueblos? Aquí, tras de la frente. No hay *swing* o directo que no se sienta paralizado por un poquito de gracia de mujer, o de espíritu de un hombre. Todo en este universo está en función de inteligencia. La misma belleza es la obra de un espíritu muy claro y muy fino, que va dentro de los cuerpos y se entretiene en dibujar sus formas.

Y al enroscar el cuello de Zevik con su brazo de un modelado exquisito, y tapar su boca con su manita de piel de rosa y venas azuladas, en un movimiento lleno de gracia felina, la señorita Le Blanc ponía en evidencia absoluta la verdad de sus teorías.

En ejercicios espirituales

O estes vous devenue enfant pasible et tendre au coeur pensif?

MME. DE REGNIER.

Ceux-la qui ne m'ont pas aimée et pas comprise.

Ceux-la qui ne m'ont pas souri, je les meprise.

MME. MADRUS.

Monseñor de los Santos había terminado su tarea de esa tarde, una tarea pesada y abrumadora porque era la quincena de ejercicios espirituales. Por las aceras de los Sagrados Corazones, Salvador, y otras iglesias bien, se alineaban los automóviles regios, esas máquinas de aspecto macizo e imponente, que se deslizan en un andar muy suave, con sus cargas livianas y distinguidas. A veces, en el cruce de las calles, el lector habrá oído la trompeta heroica, la nota épica que evoca una escena imperial; o lo sorprenden de noche los focos enceguecedores, que pasan a toda velocidad en un silencio de misterio, que impresiona como una cosa fantástica.

Monseñor estaba triste. Durante tres horas había confesado a varias señoras jóvenes y elegantes, sus hijas espirituales desde muchos años; porque sin buscarlo, era el penitenciario de moda, impuesto por la corriente de *snobismo* que traía al mismo tiempo, a la literatura de Renée Vivien, Lucie Mardrus, la condesa de Noailles y los Regnier. El virtuoso monseñor era de espíritu sutil, a pesar de su ingenuidad de apariencia, y de una bondad de abuelo, que sedujera a su grey, algo nerviosa e indisciplinada. Se hubiera sorprendido hasta el desmayo si sospecha que todo su prestigio venía mezclado, en el mismo torbellino, con esos ideales estéticos y morales, la música de las disonancias, la pintura cubista, el tango y el *shimmy*.

La atmósfera de ese rincón de la nave, donde estaba su tribunal, era en esas horas de un perfume exquisito y tenue. Y es indudable que los pecados huían, junto con los demonios, por los hilos de luces pintorescas y alegres que cruzaban los vitrales; y un ambiente de silencio, de dulce paz, libre de las influencias perversas, con el murmullo de los rezos y de las sedas, coronaba ese cuadro místico. Al anochecer parecía que los santos se observaran desde sus altares; y era algo así como

un comentario mudo de expresiones; porque las estatuas miraban, con sus ojos melancólicos y llenos de tristeza, a ese mundo efímero y pasajero.

Arrodilladas al pie del altar de Santa Clara, Chiche y Manón rezaban sus penitencias, y era un murmullo de palabras como encerradas entre los dientes, de una gracia y seducción muy fina. La Santa parecía gustosa de esa bonita escena de piedad distinguida y amable, porque no se alteró su expresión de una dulzura penetrante, y muy serena continuaba su inmortal ensueño de amor puro y divino.

—Apúrate, Chiche, decía a la sordina Manón, mira que es tarde.

Y Chiche nerviosa, siempre vibrante, parecía querer andar a toda prisa con las Aves y los Paters. La Salve, tan angustiosa y solemne, de una ternura indecible, y que reclama un compás lento y majestuoso, fué despachada en segundos. En esos momentos Chiche ponía su alma en manos de Santa Clara, con la vehemencia, la riqueza, la emoción que era su rasgo característico. Las luces de la aureola con que el crepúsculo decoraba a la Santa, descendían hasta su pelo negro y sedoso, y su cara, de finísima gracia picaresca,

se tiñó con un ligero rosa oro de los vitrales.

—Quedémonos, esto está bien para rezar, contestó Chiche.

Y Manón disimuló una sonrisa con su pañuelo, impresionada por el arrebato piadoso de su amiga.

Venían del interior del claustro monseñor de los Angeles, correctísimo e impecable, con un precioso aire de satisfacción, y Fray Antonio, de la orden Angélica. Junto con monseñor de los Santos siguieron hacia el atrio, después de mirar unos instantes a las jóvenes señoras.

—Los bailes, las fiestas y la música de Wagner pierden a estas almas, dijo monseñor de los Santos. ¿No observan ustedes una degeneración de la piedad?

Monseñor de los Angeles asentía, pero a su juicio, el *lawn tennis* y el *golf* llevan en sus conciencias muchos pecados capitales. Fray Antonio ignoraba estos asuntos de deportes, que no se ven desde la ventana de la celda; pero nadie logrará convencerlo de que todos esos juegos al aire libre, entre jóvenes de ambos sexos, no fueran inventos de protestantes y judíos. Fray Antonio vivía en el siglo XVI, en plena lucha reformista. Y por medio de hábiles razonamientos vinculaba a Lutero con

estos hechos mundanos; y al persignarse con una sinceridad llena de zozobra, con su capucha levantada y sus ojos de asceta, duros y brillantes, parecía una sombra venida de los tiempos muertos.

—Es evidente, decía monseñor de los Angeles, con discreta vehemencia de hombre bien educado, que estas modas modernas traen implícito el culto de la materia vil, la adoración de los cuerpos perecederos...

—Un renacimiento del paganismo, exclamó fray Antonio. Esa carrera de la bala del *golf*, esos apartes en un escenario que ostenta la lujuria de la primavera, esa estación maldita de las flores, de los perfumes, de las rosas y jazmines...

—Debemos emprender una lucha enérgica contra los deportes y el cinematógrafo, decía monseñor de los Santos con suavidad. La bala del *golf* lleva al demonio del amor dentro de su piel, con todas sus malicias.

—La malicia, observó fray Antonio, está en todos los rincones de este siglo impío. La naturaleza es hoy el templo del espíritu del mal. Veo venir, dijo con voz profética, los cataclismos, las guerras y los bolshevikis; la hoguera que destruya esta corrupción...

Y obligado por un estrepitoso estornudo,

sacó de sus amplias mangas un gran pañuelo oscuro, que daba la impresión de una fosa de tinieblas.

A pesar de todo, el mismo fray Antonio, comprendía las dificultades de semejante tarea de limpieza moral. A su juicio, y mientras subsistiera el imperialismo anglo-sajón, el deporte se impondría con prestigio irresistible, como el baño cotidiano y el te de las cinco.

—Tendríamos que excomulgar la nueva ciencia de la higiene, observaba prudentemente monseñor de los Santos, y esta actitud nos desautorizaría.

Fray Antonio alzaba sus mangas indignado... ¡La higiene!... esa ciencia de los cuerpos sanos y bellos, es obra del mismo demonio... Dijo, así, con tono de irritación, y continuó su camino al convento, seguido por el hermano Sandalio, no sin echar una mirada de odio a Chiche y a Manón.

—Eso es el mundo, hermano Sandalio, le decía al lego, ese es el infierno, las seducciones de Satanás. Y el hermano seguía su paso apresurado, anhelante, sin atreverse a volver los ojos a esos misterios elegantes y delicados, que impresionan mucho a las almas ingenuas y simples.

Los dos monseñores sonreían de la intransigencia impetuosa de Fray Antonio. Convinieron en que era indispensable hacer algo para traer las ovejitas al redil tradicional y librarlas de esas influencias funestas de los libros sensuales e impíos. A juicio de monseñor de los Santos, los rezos, las penitencias y las novenas, todo el instrumental del culto católico para mantener la disciplina interior, era ineficaz ante esas emociones profundas y corruptoras de los diálogos musicales de Wagner. Cien rosarios y otras tantas pláticas, y las perspectivas del infierno, no borran las huellas de esta música que emborracha los centros nerviosos y pone a las almas en punto para las emociones dulces y profanas. En la misma iglesia y en los momentos más solemnes, viene a la memoria el eco de la muerte de Isolda, o el preludio del mar desierto, y el maravilloso poema cubre los acordes del órgano en las imaginaciones juveniles. Yel amor humano se sustituye al amor divino, en una forma mágica peligrosa.

Era indispensable recurrir a la acción, que sus hijitas penitenciarias se realizaran en esas obras benéficas y altruistas, en alguna nueva sociedad de beneficencia. De esa manera sus espíritus, preocupados de esos dramas de la

vida real, metidos en la trágica lucha por el bien y en defensa de los que sufren, se apartarían de las corrientes licenciosas y vecinas del pecado, de esos ideales literarios y artísticos malsanos. En su concepto, el *snobismo* era la consecuencia de ese monótono vacío de las almas ociosas, que no tienen un papel útil en la escena de la vida.

Y al salir de la iglesia, Chiche y Manón conversaban con los reverendos padres sobre estos temas. La nueva sociedad (pro-jóvenes) para amparar e instruir a esas modestas obreras que dibujaban sus vestidos y cooperan en una forma oculta en los éxitos mundanos, les pareció una idea bien e inteligente. Eso sí, nada de viejas: ellas organizarían el comité directivo; y en cuanto a los altos cargos, era convenientes buscar esos prestigios nuevos y frescos, a base de belleza, de gracia, de cualidades amables...

—¡Siempre la gracia, lo amable, el color *snob* en las cosas más serias!, murmuró con tristeza monseñor de los Santos.

La filosofía de Chiche

Resumen y Conclusiones

Tu aurais peut-etre pu te dispenser d'ecrire cette petite comedie...

R. DE FLERS.

...de regarder la vie, d'en gouter avec bonne humeur jusqu'aux amertumes, et de la transporté dans le domaine de la fantasie...

R. DE FLERS.

La historia de Chiche no puede tener desenlace, porque está constituída por una serie de pequeños hechos sin importancia, que se repiten, con ligeras variaciones, innumerables veces. Por otra parte, salvo en las novelas, todas las vidas son así, y el rosario de sucesos se corta, con mayor o menor brusquedad, por la muerte. Matar a Chiche habría sido cruel, un crimen inútil y ocioso, porque Chiche es eterna e inmortal como la sociedad, y además puede decir con el poeta:

Pour moi Palés encore a des asiles verts
Les amours des baisers, les muses des concerts:
Je ne veux pas mourir encore.

Y era todo un caso difícil encontrar la muerte apropiada a la elegancia del personaje, y describirla con un color en el que se mezclaran los matices sombríos y funerarios con una línea de distinción; algo de amable en la tragedia. Porque frente a esa silueta de amor y gracia, de agilidad nerviosa, la muerte pierde su carácter grave, su aspecto imponente, para tomar un suave tinte de episodio mundano, como si en el instante angustioso de partir, el espíritu dejara algo así como un murmullo de sedas, de sentimientos dulces y risueños... Podría morir de resultas de un régimen extricto para adelgazarse; pero Chiche es muy inteligente, y sus poetas cantan los cuerpos sanos y rosados, que dejan una impresión de primavera, de vida feliz y armoniosa.

Comment oublier le pli lourd
Des tes belles hanches sereines
L'ivoire de ta chair ou court
Un frémissement bleu de veines?

dice uno de sus poetas favoritos, Mme. Vivien, en un entusiasmo lírico de su propio cuerpo. Ese « marfil » de la carne, los « estremecimientos » de las venas azuladas, las caderas « serenas », vienen de un equilibrio físico lleno de armonía, o en un lenguaje más realista,

de la nutrición sana y rica, combinada con los deportes al aire libre. La Chiche norteamericana es la Venus clásica, con su cuerpo fuerte y elástico, capaz de dominar todos los obstáculos; y deja una impresión de salud, de una vida que rebasa, de la juventud que corre entre risas por un universo de flores. Es la antítesis de la enfermedad, de la tristeza y de la miseria. Cuando aparece en los jardines o en los bosques es como uno de sus elementos, como los árboles y las plantas, y se diría con el poeta latino, al ver sus formas llenas de riqueza vital, su cara expresiva y de inteligencia:

...hominum divumque voluptas.
¡alma venus!

Y debemos confesar, de acuerdo con monseñor de los Santos, que Chiche no está preparada para morir. No; la vida le sonríe, la detiene con todas sus fuerzas, y el momento fugaz que pasa trae cosas muy divertidas, y a veces emociones intensas. Toda esa decoración fúnebre siniestra: el médico, el sacerdote, las enfermeras, los remedios, la cirugía, ¡el dolor!... ¡sobre todo el dolor!... el dolor en Chiche sería un contrasentido, un ilogismo absurdo, porque Chiche no nació para su-

frir. Por eso sus nervios son finos, su sensibilidad muy viva, de una extraordinaria agudeza de percepción. Al construir esa muñequita de arte, la naturaleza sabia y bondadosa, la puso sobre una tierra suave, de plumas y sedas, de flores, de cosas sonrientes y amables... Tal vez la providencia no tuvo en cuenta mayor a los compañeros de Chiche, y moralmente la dejó aislada, como una manzana perdida entre ramas rústicas y comunes. Y eso explicaría alguno de sus pecados mortales.

El lector bondadoso y paciente que siguió esta serie de artículos sobre Chiche, sabe ya la filosofía de nuestra heroína; porque es innegable que tiene un concepto del Universo y una línea de conducta bien sistematizada. Podrá la metafísica de Chiche darnos la línea de algo así como un mundo minúsculo de cartón, una esfera de juguete en la manecita de una muñeca, pero no por eso es menos entretenida.

En tesis general, Chiche pertenece a la secta *snob*. Vive en un mundo ficticio donde imperan unas cuantas reglas estéticas, sociales y morales absolutas, de un despotismo terrible, y que se caracterizan por un rasgo común; son extrañas, fuera de las normas

ordinarias. Así, en pintura Chiche desprecia el Renacimiento en su entusiasmo por los cubistas e impresionistas; en literatura será partidaria de los estilos raros, ahí donde se juntan las palabras por una aleación de sonidos, de los conceptos audaces y de paradoja, de la música de acordes disonantes. Todo eso que nos sorprende a nosotros, gentes de espíritu simple, habituados a buscar el dibujo en un cuadro y la armonía en la música. El espíritu de Chiche nace en el mundo romántico, pero pasa con rapidez a través de Musset y Hugo, para caer en Mallarmée, en Mme. Vivien, Regnier... Como puntual *snob*, Chiche desprecia el resto del universo. Entra, de todos los puntos de vista, en la definición de Thackeray: «el que admira mezquinamente las cosas mezquinas, es un *snob*». «El *snob*, agrega el mismo autor, no tiene corazón, se da aires de magnífico y hospitalario... desprecia al hombre que cumple noblemente su tarea». ¿Usted desprecia a su prójimo, dice Herman, tiene vergüenza de su mediocridad, se ruboriza de su nombre plebeyo, o se envanece de su apellido aristocrático? *Snob, snob,* tres veces *snob*.

Tambien cabe Chiche en la teoría del bovarysmo de Jules de Gaultier, porque se

esfuerza por aparecer lo que no es, por representar un papel extraño a su verdadera naturaleza; y en rigor es una simuladora. Su fondo natural y propio, todo el empuje de las fuerzas ancestrales, la llevarían junto a la cuna de la Monjita, y a los quehaceres domésticos. Un buen día leyó un libro perverso, o al conversar con el barón Zevik y otras personas en contacto con los Ritz y Astorias, un universo nuevo, de juguetería, pintoresco y bonito, con un aspecto y una atmósfera de licores excitantes y piedras preciosas, de perfumes raros, como de flores artificiales, se ofrece a su espíritu vivaz y muy meridional. Y Chiche, con su carácter algo pueril y ligero, se acomoda dentro del nuevo traje de prestigio. Ahora es intelectual y artista, convencida de su superioridad sobre los demás que, más o menos, carecen de paladar para comprender las bellezas misteriosas de la literatura y el arte. No es la « preciosa » de Moliére, pero pertenece a la familia. Y como tiene encanto, como repite los conceptos que pesca, aquí y allá, entre dos fiestas, con gracia; como al comentar un libro o una música, muestra unos dientes blancos y jugosos, y sus ideas y su estilo vienen en un murmullo acariciador, nos convence con mucha facilidad de su talento. Al verla

sonreir se le regalaría el genio; ¿acaso la belleza no es la sublime encarnación del espíritu?

Algunos hombres « rojos » creen que Chiche es producto de la era capitalista. Es un error grave. Chiche resurgiría entre los soviets, aun en los grupos más radicales, como renació bajo el Terror y en plena dictadura jacobina. Chiche es un símbolo y encarna una fase deliciosa y cruel del eterno femenino.

Se podría describir la Chiche de las diferentes épocas históricas: la Chiche colonial, del virreinato, de mantilla, peineta y zapatos con lazos. Tocaba el clavicordio, y a veces la guitarra, con gracia y picardía, y era el escándalo de sus parientas, profesas en las monjas capuchinas. Más de una vez la madre superiora, ahí, junto al altar de la virgen de los Dolores, que corría por cuenta de la familia, la sermoneó con dureza; y casi a diario iban los recados sobre las travesuras de Chiche, junto con la fuente de manjar del cielo, o de los merengues coloreados con grajeas.

La Chiche del año diez tiene otra mentalidad, es más individualista. Ella y su mamá acrecientan su influencia, porque la guerra se lleva los esposos y los novios, y la mujer

debe tomar la dirección de la familia, por la fuerza de los hechos. Es uno de los momentos más curiosos de nuestra historia íntima, de las transformaciones del hogar porteño. La madre y la hija conspiraban desde tiempo atrás contra esa autoridad severa y majestuosa del padre castellano. Era una trama secreta muy fina, tejida con mucha astucia, y a base de cariño, con encanto y seducción. La férrea disciplina del viejo hogar español se desmenuza entre los abrazos y las sonrisas de la mujer y de los hijos. Y el solemne padre de las Leyes de Partida, se siente dominado por esa atmósfera de gracia feliz, por el clima suave, la luz alegre y centelleante de nuestros cielos azules, claros y cristalinos, que incitan a las expansiones afectuosas...

Terminamos con pesar la agradable tarea ¡porque Chiche es tan entretenida, tan curiosa, tan pintoresca, con sus rápidos movimientos de una nerviosidad felina, sus gestos de importancia, despectivos, imponentes, su sonrisa que recorría la gama de las expresiones más contrarias con una técnica perfecta!... Y el Ocean Club, el mar, los bailes, la ruleta, el barón Zevik, la deliciosa Manón, las señoritas Ni-Ni, Be-Be y Le Blanc, el hotelito de la calle Bompland... todo ese mundo se

había concretado en nuestro espíritu en una forma plástica; y ellos fueron, durante varios meses, unos amigos de fantasía muy divertidos.

La formación de las niñas

Las jeunesse prète à nos defaute des ailes qui les empechent de se faire trop sentir et de peser.

SAINT-BEUVE.

Il ne faut prendre que la fleur de chaque objet, et ne toucher jamais que ce qu'on peut embellir.

FENELÓN.

Une femme stupide est donc vostre marotte.

MOLIÉRE.

En otros tiempos, Mme. de Genlis tenía un gran prestigio social por su sistema educativo y sus novelas, de un gusto como para las familias que alternan las emociones de los trabajos domésticos con una literatura suave y mansa, sin peligro para los nervios. Además había sido preceptora de los hijos del duque de Chartres. Su plan era integral y práctico, de tal manera que aquellas princesas tenían todas las aptitudes que requiere la vida para bastarse a sí mismas. Este régimen, tan complicado y severo, no dejaba a las alumnas ese cuarto de hora indispensable en la

vida de una joven, de descanso en el ensueño « pour donner jour a une fleur naturelle qui voudrait naitre », dice Saint-Beuve.

Mme. de Genlis tendría miedo del « génie moral et litteraire... l'ideal élevé qu'il suppose », porque suprime el estudio de la belleza moral y estética en sus fuentes originales, y se contenta con esa clase de enseñanza basada en los manuales pesados de literatura, que todavía subsiste. Así, sus alumnos sabrían todas las fechas e historias de la vida de cada autor, pero serían incapaces de conmoverse al leer una hermosa estrofa.

La célebre preceptora encarnaba la nueva tendencia iniciada por Fenelón, en su opúsculo sobre la « Education des filles ». En la época de Moliére el régimen intelectual de las niñas era el descripto en su comedia « L'escole des femmes »: el mismo que se practicara entre nosotros hasta principios del siglo XX con ligeras modificaciones. En el primer acto de la citada comedia, Arnolfo describe su ideal femenino:

Epouser une sotte est pour n'estre point sot,

. . . . . .

Mais un femme habile est un mauvais présage
Et je scay ce qu il couste a de certaines gens
Pour avoir pris les leurs avec trop de talens.

Como Arnolfo pensaron todos los hispanoamericanos del siglo XVIII, y los argentinos de una buena parte del siglo XIX. La esposa aprendía el manejo de la casa, en especial la cocina y los postres, y un poquito de religión, las nociones del catecismo y los cuentos milagrosos de las madres. Todo lo que traía esfuerzo mental, inclusive en moral o dogma, se ponía de lado, como impropio de las mujeres. Se lleva la precaución ¡la inútil precaución! hasta arreglar los ejercicios físicos de modo que no traigan esa actividad nerviosa que predispone a mover el espíritu.

El señor Gorriti, excelente ejemplar de la mentalidad de esa época, escribe en sus « Reflexiones »: Ellas deben ser instruídas en todos los ramos de cultura que deben enseñarse en las escuelas de primeras letras a los jóvenes, pero con esta diferencia: que todo lo que se ha dicho de los ejercicios corporales para fortalecer el físico de los hombres, debe dirigirse en las mujeres a instruirlas en la economía doméstica... Es inútil y poco decente que una niña sea veloz en la carrera y sepa saltar; pero conviene a su sexo que ella sepa hilar, tejer, coser, bordar, lavar, encarrujar, preparar el pan, aderezar la comida y disponer también algunos dulces ». Así se prohi-

bían los ejercicios físicos y los espirituales, y se preparaba ese tipo de madre que a los 30 años pesaba ochenta kilogramos, y no tenía otra idea que el progreso de sus hijos, según ella lo entendía, y la cocina que engrosara su cuerpo.

Había en este concepto un fondo del alma árabe que actuaba en la criolla, y esa desconfianza en la mujer inculcada por el catolicismo. Cuando los pedagogos viejos tratan este punto parece que toman el tema con pinzas, temerosos de que el peligro les pique. Vives, citado por Lemaitre, es un educador de niñas que tan sólo recuerda y atiende a la corrupción de la naturaleza humana. Prescribe un régimen de convento en el cuerpo y espíritu: se vestirá con géneros de colores unidos, como la Santa Virgen. Huya de los perfumes y evite los diálogos íntimos, aun con los parientes próximos, como los primos. No baile, porque de los bailes nacen los amorcitos, las aventuras ligeras, y el amor es algo muy funesto. No debe leer esos libros de aventuras que dan cierto lustre simpático al pecado, como *Tristán, El Romance de la Rosa, Fierabrás, Merlín.* Que lean la vida de los santos, a Boecio y las crónicas de los ermitaños.

De este curioso código vivía un pálido re-

flejo en el siglo XVIII, pero su idea directriz estaba aún en el fondo del sistema de educación de las niñas. Diversas fuerzas habían concurrido para atenuarlo y preparar los nuevos conceptos. Algún día, si el lector nos conserva su benevolencia, describiremos la evolución del alma de la mujer argentina. Es uno de los temas más interesantes y difíciles, porque se deben percibir los movimientos del espíritu a través de los juicios de divorcio, de los testamentos, y de alguna que otra estrofa mediocre de Ascasubi y los poetas populares. Esa pobre mujer, intelectualmente humillada, embrutecida de intento por ese catolicismo hispano-americano estrecho, mediocre, lleno de prejuicios, y apoyado sobre conceptos pueriles y supersticiones risueñas, reacciona a fines del siglo XVIII y principios del XIX con una energía y una vivacidad extraordinarias. ¿De qué medios de seducción se vale la moderna Eva para realizar su objeto y convertirse en pocos años en la reina del hogar, sin perder el fondo de seriedad, de nobleza de alma, de deliciosa virtud, que la caracterizaba?

Ahora, para abordar el grave problema en una forma concreta y práctica, hay que señalar los defectos de método y de orienta-

ción y darse cuenta de la trascendencia enorme de estas cosas. La buena educación de las mujeres implica, para el porvenir, la raza de hombres inteligentes y aptos. Ese futuro inmediato, los ciudadanos que empujarán al país dentro de unos lustros, se engendran virtualmente desde que la posible madre cumplió los diez y ocho años. El niño va a heredar su espíritu y se modela bajo su influencia. Si la madre es frívola, superficial y vana, así será también el hombre del futuro, y todos los pecados de incoherencia moral e intelectual que vienen de nuestro descuido labrarán la felicidad de nuestros descendientes.

Cada hecho de la joven madre actúa sobre el niño. Desde el adorno de la cuna, la primera muñeca, el vestido, la decoración del dormitorio, son causas de impresiones que modelan las almas. Los griegos ponían en el aposento nupcial las estatuas y cuadros más bellos, para que bajo su influencia se desarrollara el joven. Es necesario apartar de la vista todo lo que es feo: lo frívolo, el adorno, el juguete, el cariño *snob*. El mundo exterior nos trabaja en todas las edades. Aún en la plena inconsciencia, entran en los interiores misteriosos de la vida moral todas las ideas y los sentimientos que pasan, y despertarán des-

pués, y nos preguntaremos de dónde vienen ciertas rarezas u originalidades; ciertos impulsos extraños que desentonan en nuestra armonía y que matizan un alma con colores feos. Tal vez tienen su origen en alguna modalidad de la madre o de la niñera, en alguna moda efímera y tonta, que deja su huella en la profunda intimidad del ser.

Así, en esa dulce tarea de formar un alma de niña hay que atender a múltiples factores, algunos, al parecer insignificantes o pueriles, pero que si nos descuidamos corrompen la sensibilidad. El problema radica más en los sentimientos que en el espíritu. Es fácil y cómodo el ilustrar la inteligencia. Hay maestros, libros, teatros, un museo de bellas artes, conferencias en la Facultad de Filosofía. Pero lo que trabaja las almas es la fuerza emotiva: esa reacción profunda ante el desarrollo de la vida y los espectáculos del mundo exterior; la energía que se despliega para adaptarse y seguir los ejemplos, realizar los tipos sociales que se crean en los diversos grupos, y que vienen traídos por corrientes de todo género, y que emanan de diversas fuentes, y los impone la moda de una manera irresistible.

FIN DE CHICHE Y SU TIEMPO

De los tiempos viejos

El día de Conchita

Nostre vie est composée, comme l'armonie du monde, des choses contraires, aussi de divers tons, douz et aspres aigus et plats, mols et graves.

MONTAIGNE.

Craignon donc ces grands ébranlements de l'âme qui préparent l'ennui et le dégoût... tenons-les dans le goût des, choses simples.

FENELÓN.

Hé quoy! vous n'avez point de passe-temps plus doux?

RACINE.

En esa contemplación serena del pasado se sienten placeres suaves, que compensan el esfuerzo de paciencia de las encuestas. Los personajes tienen una realidad original y curiosa, como si la pieza se representara por fantoches. Generalmente se repite el mismo diálogo y se muestran sentimientos análogos. Las mayores diferencias están en los trajes, como si la vida fuera un cambio de formas, una sucesión de disfraces de los mismos héroes. Comprendida así la tarea del historiador, es de

avergonzado, una observación humana. Alberdi, en sus artículos de costumbres y en sus recuerdos personales; ciertas cartas de Sarmiento, y otros hechos descritos incidentalmente en poemitas populares o en artículos de periódicos, constituyen todo nuestro capital. Sería el momento de que los jóvenes historiadores recojan los últimos ecos de la tradición que muere, para que no se borre del todo la vida del pasado.

Así se explicará el lector por qué, de rato en rato, preferimos aclarar algún misterio del alma de Conchita en vez de describir los conflictos de los regidores o la supuesta influencia de la ordenanza de intendentes. Ese día de la Virgen, por ejemplo, comulgaban en las Catalinas. Era un domingo, y la madre Misericordia, risueña y afanada, andaba por la portería como ánima en pena. A cada instante se oía un toque del llamador, y entraban y salían las señoras y las niñas. Por la puerta del fondo las hermanas de servicio, negras y mulatas, traían la canasta donde rebasan las flores y frutos, y entraba la luz viva de un sol de primavera. Los ecos apagados del órgano llegaban como en un murmullo, mezclados con las voces argentinas de las madres. De pronto se oyeron algunas notas deliciosas de con-

tralto, una voz suave, que ascendía cargada de emoción con cierta angustia, como si llevara el desahogo de un alma llena de cosas inexpresables.

Por ahí andaba el padre Monterroso, rector de los jesuítas, con un aire dominador y ruiseño, algo paternal. Las niñas lo observaban con timidez. ¡El padre era tan rígido! y conocía al detalle todos los pequeños episodios, los hilos frágiles de comedia que se tejían en los ocios de las tertulias, en las siestas bajo la enredadera de jazmines, en las charlas de la hora del mate o de la sandía. Y a veces, ¡pecado grave! se conversaba a través de las rejas de las ventanas a deshoras, envueltas en la luz de la luna que inundaba sus cabelleras negras, de esas que descendían en ondas por el batón blanco hasta tocar los pies.

Y el R. P. Monterroso recorría las filas de sus ingenuas hijas de confesión. Para cada una traía su palabra de reproche o de elogio.

—Y tú, Conchita, ¿ya estás más tranquila?

—Sí, padre, se apresuraba a contestar la mamá, gracias a las reliquias de la buena Misericordia, y a sus consejos sobre disciplina espiritual.

—¿Qué es eso, Conchita?, le decía alguna parienta: ¿estabas de vapores?

Y Conchita, risueña, porque sabía a qué atenerse, se quedaba como distraída, mientras el P. Monterroso, entre dos narigadas de rapé, dice la palabra de orden que cure el alma y vuelva las cosas a su quicio.

A veces, se habla del milagro de la semana. Es una aparición de Mandinga. ¡Cruz! Lo vió Rita la Cuarterona, entre el chisporroteo de una leña fresca que tostaba un costillar de corderito. Y las niñas impresionables se asustan y se persignan, y rodean a la madre Misericordia, que las tranquiliza. Allí, en el claustro, es donde se libra la batalla fuerte contra el diablo. Algunas noches se oyen los silbidos de los demonios que vuelan por el aire como avispas. Se les ve ocultos tras los vitrales colorados, entre las espirales del humo del incienso, en los rayos de luz lunar, tan serena, tan suave y tranquila! Por ahí vienen las tentaciones, las ideas dulces de ternura, los deseos de expandirse, una necesidad de simpatía irresistible.

—El demonio está en todas parte, dijo el P. Monterroso, y se persignó. Y miraba a Conchita con cierta insistencia y un aire severo que le dió miedo. ¿Tendría algo en su conciencia de diez y ocho años?

Bajó los ojos, en un examen rápido. Y vió

a Pascual, el mulato ladino de los Ortiz, que al pasar le dijo que Pedrito vendría por los portones, al caer la tarde, en un pintoresco alazán, un petiso famoso, que al trote lento movía sus manos a compás y coqueteaba con el balanceo de su cabeza erguida y su aire brioso. ¿Sabría esas correspondencias a la sordina, el P. Monterroso?

Por la tarde, a las cuatro, predicaba en Santo Domingo fray Tomás, comisario del Santo Oficio. Era una plática de gala, con asistencia de lo más linajudo de esos barrios aristocráticos. Y era un desfilar de vestidos lujosos, de aire de corte, seguidos por negritas y mulatas picarescas, que cuidaban las colas, la alfombra, y el asiento de la señora.

Y el R. P. Tomás, de aspecto enfermizo en la palidez amarillenta de su cutis, hablaba del pecado, del eterno pecado, con una energía impresionante. Tenía el poder de intervenir en esas ceremonias macábricas y crueles de los autos de fe. Y sus palabras se oían como sentencias, con todo el prestigio de la hoguera, del patíbulo, de la cárcel... Conchita se estremecía, y un frío glacial circulaba por sus venas. Sus charlas inocentes con Pedrito, tan severamente reprimidas por el P. Monterroso, ¿estarían entre esos delitos horri-

bles a que es refería el P. Tomás? Y el miedo le trajo la ilusión de que el P. Tomás se dirigía a ella, al alzar sus brazos e invocar toda las iras del cielo y del infierno contra el pecado... Y entonces inclinó su cabeza, vencida, doblegada, y se juró que no conversaría con Pedrito sino al oído de sus padres.

Toda esa atmósfera de cosas trascendentales, el infierno, el cielo, la muerte y Satanás, sacudían sus nervios algo delicados. Al acostarse se encomendaba a todos los santos, revisaba hasta las rendijas, por si acaso había demonios. Y lo que es más grave: los rayos de la luna le inspiraron cierta desconfianza, y los habría evitado como la peste, sino fuera que la perseguían por todo el jardín, junto con el perfume de los claveles, de los jazmines y de las magnolias.

El caso de Conchita

L'amour fut bientot accompagné de reverie.

RENAN.

Et qu'elle se laissait dire de tendres choses...

VICTOR HUGO

La vie est un sommeil, l'amour en est le reve.

A. DE MUSSET

La madre Misericordia había salido esa mañana a recoger limosnas para las niñas huérfanas. Caminaba por entre las quintas, y en ese mes de Marzo aparecían como un enjambre de flores y frutas; tanto que la madre debió bajar de la acera para defender su cara de los jazmines, de las rosas, de los claveles y de los nardos. El aire fresco y excitante corría saturado de olores terrenos, de esos que adormecen, como si llegara cargado de ensueños, de novelas cortas, besos que pasan, miradas desesperantes que se cruzan; todas esas historias de los veinte años, llenas de pe-

cados veniales, y con la música de ese concierto de los insectos y de los pájaros, en la felicidad de un jardín porteño, un día de sol. El cielo azul, libre de toda sombra, con la luz clara de frescura e inocencia de un alma de niña, servía de cuadro a esa calle de quintas alegres, bulliciosas y pintorescas.

La madre, cargada con su canasta, apuraba a la pobre chica, destinada a acompañarla siempre, y a llevar las cargas mayores. Habría cerrado los ojos para no ver esos escenarios mundanos; creaciones del demonio. Las flores se hicieron para la Virgen y los Santos, y no para adorno de esas niñas. Y Pascuala asentía a todas sus observaciones; y con visible fatiga. ¡Ah! estas niñas!... ¡esas de Ramírez, de aquella casa blanca cubierta de enredaderas floridas, con sus narices afiladas, respingaditas; esos ojos negros, rasgados, tan serenos y profundos que parecen ocultar unos abismos; las bocas de labios finos y apretados, los dientes como granos de arroz!... ¡peste! ¡cosas del diablo, de judíos! Esas risas livianas, esas alegrías que se mezclan junto con los trajes blancos de muselina transparente por todo el jardín, y mantienen una estrecha armonía con el conjunto, como si formaran un solo ser... Las risas que van, como de planta en

planta, y se escurren entre las flores hasta perderse en el murmullo de las magnolias, de las higueras, de los paraísos y de los pinos...

La juventud, las flores, los jardines, las niñas bonitas entre la fruta, son artes de Mandinga, repetía muy a menudo el R. P, Tomás, de los domínicos graves y discretos. Y el sol decoraba esas cosas infernales a todas horas, con las luces más variadas y los matices finos. Temprano las caras y las cabelleras parecían de un rosa fresco, como la misma mañana. A mediodía era el brillo de oro puro que las envuelve en su aureola. Por la tarde, al declinar el sol, las luces se suavizaban con matices más tenues y complicados; y al acariciar esas cabezas virginales, las rodeaban de una atmósfera de ensueño, de sentimientos inexpresados, de esa ternura triste que trae consigo el ocaso, como todas las cosas que mueren.

Al llegar al portón de los Ramírez, la madre Misericordia oyó unas risas, unas risas claras que venían como ecos de cristales sonoros a través de una calle sombreada por las ramas de una parra de uva moscatel en flor; de racimos de oro. En el fondo había un aljibe revestido por unas plantas trepadoras, un vistoso tejido de hojas y colores. Ahí cerca, en una hamaca se balanceaba, con entusiasmo

brioso Conchita, de diez y ocho años, de ese color blanco puro criollo, con su delicioso fondo rosa. La cabecita se movía de un lado a otro con gestos de gracia picaresca, sumergida en unas ondas espesas de pelo negro sedoso. Seguramente, no estaba constituída para los pensamientos graves. En esa frente venían mejor las guirnaldas y los besos, que las arrugas de la tristeza; y aquella mañana parecía muy despejada y libre de preocupaciones, un espíritu entregado a la alegría de vivir, como las frutas y las plantas en la primavera.

—Esta Conchita, ¡Virgen María!, es incorregible. Véala saltando como ternerita libre. Y ayer le habló nada menos que el padre Monterroso, dijo la madre Misericordia con alarma.

En ese momento se presentaron los reverendos padres fray Tomás, comisario de la Inquisición, de la orden Angélica de Santo Domingo, y Monterroso, rector de los jesuítas. Y lo que era más grave y destinado a complicar la situación: cruzó la calle Pedrito, al galope lento de su caballo, con un ruido de platería, de espuelas, de frenos y estribos, que traían algo nervioso a su alazán, de cabeza erguida, braceador, digno compañero para

esas aventuras de novios y que decoraba pintorescamente el escenario.

Ambos padres se detuvieron sorprendidos. Pedrito, que sólo veía a su idilio, tomó unas flores, y con una puntería prodigiosa, a veinte varas de distancia, las puso sobre el seno de Conchita; y arrancó a toda carrera por entre unas arboledas cercanas. Conchita, asustada al ver a los padres con sus caras rígidas, pálidas, impasibles, sus ojos crueles de vidrio helado, casi se cae de la hamaca; y llamaba a su mamá con voz suplicante, medio oculta entre las enredaderas de jazmines del aire.

—¡Dios santo! — exclamó la madre Misericordia.

Los padres reflexionaron que esta sociedad iba de mal en peor. El demonio la domina, y el peor de los demonios, ese que se esconde entre las flores, y se desliza en los senos de veinte años por un suspiro; que viene de los rayos de la luna y juega entre las ramas y en el agua del arroyo; que se absorbe en el aire de todos los jardines y exalta las imaginaciones de las niñas, en plena fantasía; y las aleja del altar y del cumplimiento exacto de los horarios de la parroquia.

—No le quepa duda a su paternidad, dijo en tono despectivo y enfático fray Tomás;

Conchita prefiere conversar con Pedrito a rezar el rosario.

La madre Misericordia alzaba sus dos brazos al cielo en señal de desesperación. ¡No era posible! ¡Conchita! ¡La niña preferida del claustro! Pascuala, apurada con las canastas, sonreía con una malicia del país, y miraba al suelo, como si no entendiera. El padre Monterroso había notado un cierto cambio en el carácter de Conchita. Antes era una niña muy formal...

—La formalidad, observó fray Tomás, es el mejor adorno de las jóvenes.

—...y hacendosa, y entre sus devociones y los bordados y tejidos para las madres, los ramos para el altar de Dolores, algunas piezas de cocina...

—Muy apetitosas, dijo con toda conciencia fray Tomás, y absorbió una narigada de rapé.

En estas tareas inocentes ocupaba Conchita sus horas y su alma vivía una vida apacible, en la paz del Señor. Tan buena era, que el padre Monterroso había resuelto casarla con Telasco, joven de familia de igual jerarquía, gordito, algo bajo, con aire pueril y satisfecho, y que jamás, pero jamás, faltara a una misa, novena o rosario. Telasco ayudaba a misa, y misia Robustiana, su mamá, proveía

el vino, un vino de delicia, de industria casera. Era un joven inocente, de una inocencia encantadora, un hijo predilecto de San Luis Gonzaga. En cambio este Pedrito, de aventuras, ¡aquéllas con la Rita!, murmuraron a la sordina, al oído; y la madre Misericordia se santiguaba. Todos entraron al corredor, un claustro laico, decorado con cuadros de santos y algunas imágenes de madera pintada. Y los padres conversaron con misia Robustiana, sobre la alegría de Conchita, y los audaces galanteos de Pedrito. Misia Robustiana estaba desesperada. Su hija era ahora desobediente; por esos paseos de Pedrito. Y Pedrito, y esto era lo más desagradable, tenía una línea oscura muy tenue en su sangre, pero en fin era del mulaterío. Sobre este punto los Ramírez fueron siempre inconmovibles. La mezcla de razas les parecía humillante y oprobiosa para una familia de sus campanillas y de cinco apellidos de conquistadores. El padre Monterroso aprobó con aire digno, y después de reflexionar el tiempo de dos narigadas de rapé, en tono acompasado dijo: que estos cambios en el carácter de las niñas eran obra del demonio...

—Sin duda, exclamó fray Tomás.

—Si lo sabré yo, pensaba la madre Miseri-

cordia, en la emoción de los viejos recuerdos que se esfumaban allá lejos, en los jardines de Ortiz.

Y todos convinieron en que el remedio espiritual más adecuado, sería aislar a Conchita por una quincena en las madres Catalinas. Y Conchita lloró, oculta tras la persiana, mien- Pedrito se perdía en el horizonte de árboles y verdura, al brioso galope de su alazán.

En el Terror

... le doux rayonnement du soleil accomplira silencieusement u que la tempête a en vain essayé.

CARLYLE

La couleur locale n'est nullement le resultat d'une menue exactitude...

E. ROSTAND

Aquella mañana de junio de 1839 se presentó entre neblinas, y la luz tardaba en disolverlas. El hermano Ramón, librero de la calle de las Torres, al asomarse por la puerta de su tienda, tuvo una impresión de desagrado. No había dormido tranquilo: un sueño inquieto, de pesadilla, que interrumpieron los gritos de las patrullas callejeras nocturnas. Los mueras a los unitarios, traidores y asesinos, se entraban por su ventana y dentro del dormitorio producían una agitación de duendes. A ratos tuvo la ilusión de que se hablara en el patio y que los secuaces de Rosas lo buscaran. Inés lo tranquilizó entre sus brazos; y

con un beso profundo y grave disipaba todos sus miedos, y traía la calma a su espíritu atribulado.

Pacífico y de alma suave, pero curioso, no resistió a la tentación ir a tomar lenguas, mientras se hervía el agua para el mate. En el atrio de Santo Domingo se habían reunido todas las cocineras del barrio, al salir de la primera misa; y formaban un grupo pintoresco de negras, mestizas y cuarteronas, con sus rebozos colorados o blancos, y sus canastas. El hermano Ramón observó que algunas eran bonitas, de belleza de seducción y cutis suaves, en los que armonizaban el blanco rosado europeo con un fondo de sombra de la más pura Africa.

Era un conversar a la sordina inagotable, un murmullo de palabras como en un rosario en coro, pero lleno de sustos, de gestos de sorpresa, caras de horror, aspavientos, y el ¡Jesús María! con su inseparable signo de la cruz, como los puntos de admiración de un discurso de melodrama. Las beatas pasaban rápidamente y sin perder tiempo a sus devociones. Alguna que otra señora se detenía, como distraída, para pescar, de paso, la novedad que estaba en la atmósfera, y que se percibía por un sentido oculto, una especie de

adivinación que se aguza en esas épocas terribles.

La cocinera de Ezcurra llegó con aire de ceremonia, de acuerdo con la alta jerarquía y abolengo de sus patrones. Tenía cara de saber muchas cosas, una cara de personaje con papel en la pieza. Y poco a poco, comenzó a decir palabras de interés, algo enigmáticas al principio, pero como buena negra, acabó por contar todo su cuento. Hacía dos o tres noches... después de la cena, entró el capitán Maza, como distraído, al comedor, donde estaba reunida la familia. Doña María Josefa apenas lo saludó, con unos ojos de mucho enojo, y le volvía la cara, agitada, nerviosa; y eso que en su cuerpo pesado y grueso, las emociones eran de andar lento, por la fuerza de las cosas. Esa visita del capitán era algo inesperada, y de sorpresa. La negra Nicolasa, la de los pasteles y empanadas, vió unos sospechosos en la esquina. Después se supo que eran policías que espiaban a Maza. Todo esto se comentó en las caballerizas.

La cocinera de Arana sabía que Tejedor, un jovencito muy serio y aplicado, estaba preso en la cárcel, y otros más. Por casualidad pasaba; hacía dos o tres días por la calle de Belgrano a la altura de San José; en los mo-

mentos en que el comisario Maciel salía con Tejedor para llevarlo a la cárcel, atrás de San Francisco. Oyó decir que conspiraban contra la vida del Restaurador... ¡Es de no creerse, agregó, un hombre tan bueno, el Padre de la Patria y de los pobres!

—Sobre todo, de los pobres, interrumpió Claudia, la cocinera de Terrero.

La cocinera de Anchorena sabía algo más. Esa noche lo habían muerto a Maza, y el comandante, su hijo, acababa de ser fusilado.

La cocinera de Arana, confirmó, entonces, las graves noticias. Don Felipe no se había acostado en toda la noche, como si lo dominara una inquietud, una zozobra muy grande. A las tres, la despertó para que le sirviera mate. Las patrullas gritaban con tanta rabia, que los mismos federales sentían miedo. Su amo era bondadoso y sufría mucho en estas condiciones. Pero el gobernador no oía consejos; más bien lo enojaban. Era preciso exterminar a todos los unitarios, sin temores de errar en los medios.

La cuarterona de los Ortiz, joven y despejada, sabía muchas cositas entretenidas, que estaban en el alma de la conspiración.

—Cosas de amores, dijo el hermano Ramón,

que se interesaba con la cuarterona. ¡Cuente, comadre!

Todos le rodearon, porque era bondadoso y risueño. Sólo pudo decirles que los gritos de la noche eran aterradores.

—A quién se lo cuenta, dijo la de Terrero. En lo de Terry entraron a las 12, mientras sonaban en la campana grande del reloj del comedor. ¡Qué gritos, qué miedos! Se oía desde la azotea el ruido de los muebles, como si volaran por el aire; y los vidrios se rompían; ¡una de palos y lamentos!

—¡Bien hecho!, exclamaron todos en coro; asesinos, decembristas, lomos negros, canallas, infames.... Y las cabelleras crespas temblaban en esos espasmos de rabia, y los ojos se ponían animados, como si fueran a saltar de sus órbitas.

—Y usted, don Ramón, ¿es federal?, preguntó la cuarterona, cuadrándose como soldado y con aire de guapeza.

El hermano Ramón era tímido y filósofo, y sus aspiraciones políticas se veían siempre como envueltas en una niebla que las hacía invisibles; y le contestó, mientras le acariciaba la cara con unción:

—Tú, Carmencita, eres federal y bonita; tus opiniones serán siempre interesantes por-

que tienen gracia. Tus entusiasmos traslucen un temperamente rico, lleno de matices, como si lo hubiera construído con amor el diablo para atormentar a los hombres.

Todos se rieron porque el discurso les pareció ridículo; y Carmencita, sorprendida ante esa mano que pasaba por su cara, se puso algo encendida y lo trató de insolente, con una cachetadita bien puesta, y que le trajo un estornudo al filósofo amoroso.

Asomó en esos momentos una patrulla con tres prisioneros, de frac y botas. Eran jóvenes y caminaban con aire de insolencia, sin miedo de la muerte próxima.

—Pobrecitos, dijo con ternura la cuarterona de los Ortiz.

—¡Carmen!, exclamó la cocinera de Ezcurra, merecerías que te delatase por tu flojera! ¡Vaya un federal! ¡Malditos unitarios, gritó la negra, que los degüellen!

La patrulla seguía a paso lento y cantaba la canción del violín, acompañada de ademanes simiescos, al dibujar en el aire con las manos el degüello a la moda. Uno de los presos el doctor Cabrera, de la Asociación de Mayo, oiría la exclamación compasiva de Carmencita porque volvió la cara y clavó en sus

ojos los suyos, negros y enérgicos, del brillo de las cuentas de azabache.

La patrulla iba hacia San Francisco y dobló después para Moreno en rumbo a la cárcel. Carmen los seguía junto a Ramón, atraída por aquellos ojos de misterio, que la miraron como de ultratumba. En la puerta de la prisión estaba el carro de presos con los cadáveres de los Maza. Ya la niebla, al deshacerse, se pintaba de rosa, y salía la mañana de entre las brumas con esa gracia y frescura de las frutas y flores que se abren. Era un ambiente para saborear la vida, con ese aire puro y tónico de la Pampa lleno del aroma de las quintas y jardines. El uniforme de los soldados de la guardia de un rojo trágico y siniestro; los burdos cantos de odio y de muerte, eran notas desafinadas en esa atmósfera de cielo azul y trasparente.

—¡Malditos! los que sembraron el odio, murmuraba Ramón, con el alma indignada.

La patrulla desapareció tras las puertas de la cárcel, y Carmen veía la última mirada de Cabrera, cuando se cerraron. Ramón le dijo entonces, con dulzura y algo enternecido:

—Has hecho obra de misericordia. Suavizaste con un minuto del amor que pasa, las últimas angustias de ese joven. Y observó, en-

tonces, una lágrima que humedecía los ojos de la cuarterona. Y pensaba que era ella más feliz con su repentino y trágico poemita de amor, que el coro de cocineras saturadas de odio.

Una noche de miedo

En verité, les hommes sont tous enragés comme l'époque.

CARLYLE

On ne peut pas dire qu'il y ait chez lui assez de verité pour faire un vrai mensongle.

CARLYLE

A media noche la joven señora de Maza se despertó algo sobresaltada. Entre sueños había oído unos pasos en la acera, con intervalos cortos de descanso, como si fueran y vinieran. Esas botas tenían un lenguaje siniestro porque sus ruidos eran expresivos, como si llevaran algún propósito hostil. Rosita puso todo su oído para percibir los menores detalles. Los ecos de esos pies gruesos y ordinarios marcaban una insolencia creciente. Y al taconear como enervados, y a veces con pisadas enérgicas, traslucían el mal humor.

A pesar del frío, algo inquieta, saltó de la cama y fué descalza, con sus pies muy blancos de piel tierna, cruzados de unas venas azules que los coloraban, por el piso de baldosa; y

se puso toda achuchada y temblante por la frialdad del aposento. Por el postigo entreabierto de la ventana se vieron unas sombras que debían mirar con curiosidad inquisidora; de esas miradas enrojecidas que sugieren presentimientos fúnebres. No pudo resistir al miedo de esas figuras patibularias, como disfrazadas de bandidos de melodrama, barbudos, con gorros colorados y ponchos, y volvió a su cama a esperar acurrucada entre las sábanas y con su cara oculta entre las ondas de pelo negro, sedoso, de perfume adormecedor.

Había creído distinguir a Gaetán, asesino célebre y de los hombres de Rosas. No era posible el error, porque la noche era clara, de luna llena, en un cielo azul de mar, con sus puntos de oro, colocados ahí de espacio en espacio, como jalones de lo infinito. Alguna que otra nube blanca, de forma original y curiosa, se deslizaba por entre los astros con movimientos femeninos, de gracia discreta. El cielo y el aire eran más bien de amor, para las dulces confidencias. Los bandidos no venían bien entre esas brisas cargadas de olor de flores, de frutas que maduran, de tierra húmeda en su eterno trabajo de engendrar. En vez de Gaetán y sus compañeros, se habría reclamado, para animar la escena, a alguna

Conchita que contestara con suspiros risueños, a través de un cerco de jazmines a la guitarra de Arlequín.

Así, en su cama matrimonial estilo imperio, con abejas doradas, obsequio de su prima doña María Josefa de Ezcurra, cuñada de Rosas, envuelta en ondas espesas de pelo abundante, con su cara tan blanca, sus ojos profundos cargados de cariños ociosos, llenos de susto, formaba un cuadro bonito, con su línea de puerilidad en la tragedia, y en más agudo contraste con la escena de la calle, que el mismo cielo de ensueño. Parecía una gata de Angora, tímida, de gestos elegantes y finos; y una coquetería inocente e ingenua rebasaba de todo su cuerpo.

El reloj del comedor anunció la media noche con un toque grave, de eco solemne, conventual; algo así como un recuerdo angustioso de que el tiempo avanza sereno e indiferente, aún en medio de esos choques de pasiones terribles y crueles, y de las batallas de los hombres. Rosita sintió crecer su miedo, y en voz baja, como suplicante, llamaba a su sirvienta y hermana de leche, una cuarterona con la que se había criado. Entre las dos jóvenes se cambiaron los miedos, las hipótesis y los cuentos.

Inés sabía, de fuente muy segura, que sospechaban de Maza. Para Rosita esa hipótesis era absurda. Era ella federal neta, de las gritonas, de la familia de Ezcurra, y allí la presentaron a Maza. Estaban en luna de miel, aún no había cumplido un mes de su casamiento. Así, no era posible, ¡simples cuentos! Maza era federal, hijo del presidente de la legislatura, íntimos amigos de Rosas. En un tiempo festejó a Manuelita, la buena y gentil princesa de esa corte porteña. Al dictador no le agradaba el novio, y se lo hizo presente en una de esas formas picarescas y algo brutales que solía inventar en sus ratos de buen humor. Y Rosita suspiró con un suspiro muy triste.

En esos momentos se oyeron los gritos de una patrulla que pasaba; los clásicos ¡mueras! dichos con pausa y acento enérgico, algo enronquecido por el alcohol, para que se grabaran bien en los oídos de los salvajes, traidores, inmundos unitarios. Aquella noche se agregaba al canto la línea de la muerte de Maza, traidor, pillo, asesino, más inmundo que todos. Rosita se abrazó de Inés en un acceso de miedo. La cuarterona le explicaba con habilidad que el aludido era su suegro, y no su esposo, que vendría de un momento a otro. Y como la patrulla se fuera con Gaetán y sus

amigos de las barbas siniestras, entró un aire más tranquilo en el aposento, y las dos jóvenes suspiraron y prosiguieron su diálogo.

Rosita juraba y perjuraba sobre la lealtad de su esposo. Inés, que sabía la muerte del viejo Maza, asesinado esa tarde y la prisión del marido de Rosita, por conspirador, trató de preparar con prudencia su ánimo, y le dijo algunas tristes verdades. Su casamiento había sido más bien por política que por amor, un medio para entrar en la intimidad de la familia y asegurar el infernal golpe contra Rosas. Inés sabía muchas de estas cosas por confidencias de las negras de Ezcurra, y de algún espía. Y entre otras, una conversación de Maza con uno de los conspiradores, que la había oído muy clara la negra Ramona, lavandera de doña María Josefa. El comandante contaba cómo una tarde en Palermo, mientras Manuelita recorría, con algunas amigas, la playa en una lancha a vela, él se quedó solo con el dictador en una charla entretenida. Se alejaron poco a poco entre las sombras de los árboles, ya muy oscuras porque se ponía el sol, y tuvo la tentación de clavarle su puñal: una simple idea porque no le gustaba ensangrentar la causa, y era mejor amarrarlo en su silla por sorpresa « y cuando brame el

tigre ha de estar encadenado y muy luego embarcado para no volver más a esta tierra». Tal vez el eco del coro de niñas que llegaba del río, y la voz de Manuelita, que se destacara, impresionaron el alma del comandante al remover recuerdos y emociones más gratas que la sangre, la puñalada y la muerte.

Rosita oía en silencio y lloraba. Era un despertar cruel, inesperado y trágico. Su drama interior, el desencanto que conmueve las más profundas raíces de la pasión y sacude todas las fuentes del sentir, fué más terrible y angustioso que el miedo de Gaetán y de sus compañeros. Las luchas políticas, los odios de unitarios y federales, Lavalle, Rosas, Quiroga, ¿qué tenían que hacer con ese jardín íntimo en el que viven las almas jóvenes? ¿Por qué habían de matar esas flores engendradas con todas sus fuerzas más puras, con las mejores esencias de su ser?

Entonces Inés aprovechó su estado de indignación para decirle todo. Que su esposo estaba preso, hacía cuatro días, y no en el campo como le contaran; que esa tarde habían muerto por orden de Rosas a su suegro, el doctor Maza...

—Muera el pícaro, viejo, traidor Maza, gritaban en esos momentos las patrullas al pasar.

—¡Por Dios! Inés, me muero, decía Rosita acongojada, casi sin respiración.

La cuarterona medio trastornada no sabía qué decir. La hora fatal se aproximaba. Se veían los primeros rayos rosados de la aurora, y el aire tenía esa frescura del amanecer, de cosa nueva y sana, como la piel del recien-nacido. De pronto llamaron a la puerta de calle, y un sacerdote entregó un papel estrujado, húmedo, con un poco de sangre. Y Rosita leyó: « en este momento me intiman que muera, ¡qué fatalidad!... » Y no pudo terminar porque le vino un desvanecimiento, y sus ojos se cerraron como si fuera a morir.

ESTE LIBRO ACABÓSE DE IMPRIMIR
EL DIA 9 DE AGOSTO DE 1922,
EN LA IMPRENTA «LÓPEZ»;
BOLIVAR 535,
BS. AIRES

OBRAS DE JUAN AGUSTÍN GARCÍA

LA CIUDAD INDIANA. 1 vol. 4ª edición. Angel Estrada y Cía., Editores.

INTRODUCCIÓN AL ESTUDIO DE LAS CIENCIAS SOCIALES ARGENTINAS. 1 vol. 3ª edición. Angel Estrada y Cía.

CRÍTICA LITERARIA E HISTORIA

ENSAYOS Y NOTAS. 1 vol. A. Moen.

EN LOS JARDINES DEL CONVENTO. 1 vol. Coni

SOBRE EL TEATRO NACIONAL Y OTROS ARTÍCULOS Y FRAGMENTOS. 1 vol. Agencia General de Librería.

SOBRE NUESTRA INCULTURA. 1 vol. Cooperativa Editorial Limitada.

NOVELAS

MEMORIAS DE UN SACRISTAN. Narración colonial. 1 vol. 2ª edición. Espiasse y Cía.

LA CHEPA LEONA. Relación colonial. 1 vol. A. Moen.

CHICHE Y SU TIEMPO. 1 vol. Juan Roldán y Cía.

TEATRO

DEL UNO... AL OTRO. Tragi-comedia en 3 actos. Espiasse y Cía.

EL MUNDO DE LOS SNOBS. Comedia en 3 actos. Moro y Tello.

LA CUARTERONA. Comedia en tres actos. Moro y Tello.

EN COLABORACIÓN

ANALES DE LA FACULTAD DE DERECHO Y CIENCIAS SOCIALES. 19 volúmenes.

DISCURSOS ACADÉMICOS. 1 vol.

HISTORIA DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES, dirigida por Juan Agustín García.

3 9001 02038 7596